

JOSE MARIA LASO PRIETO

INTRODUCCION AL PENSAMIENTO DE GRAMSCI

EDITORIAL AYUSO

José María Laso

Introducción al pensamiento de Gramsci

Prólogo de Gustavo Bueno

Editorial Ayuso

© Editorial Ayuso
San Bernardo, 34
Madrid, 8-1973
Cubierta: *Juan Manuel Dominguez*
ISBN 84-336-0051-6
Depósito legal: M. 24897-1973
Impreso en Breogán, I. G., S. A. Torrejón de Ardoz

INDICE GENERAL

Págs.

PROLOGO

El «materialismo histórico» de Gramsci como teoría del «Espíritu objetivo»

José María Laso, profundo conocedor de Gramsci desde la única perspectiva adecuada, la perspectiva de una conciencia filosófica políticamente implantada, nos ofrece una admirable exposición crítica del estado de la cuestión en torno a los problemas principales que plantea el «Príncipe Moderno»: el concepto de «Partido político».

A través de la clara exposición de Laso confirmamos una impresión que suponemos será compartida por la mayor parte de los lectores: Gramsci es uno de esos escritores cuyo cálido pensamiento deshiela los bloques de la doctrina sólida, pero congelada, y orienta su reorganización en una dirección nueva, una de las direcciones más importantes dentro del materialismo marxista. Gramsci es, sin duda —casi todos están de acuerdo en esto— uno

de los más importantes pensadores marxistas. Pero las fórmulas que ordinariamente se utilizan para determinar en que pueda consistir esa importancia certeramente intuida, no siempre dan cuenta de la misma y aparecen como excesivamente insulsas y estrechas, muy por debajo de la magnitud de aquello que quieren abarcar.

Acaso esta desesperante insuficiencia de tales fórmulas procede de la voluntad de entender el pensamiento de Gramsci como una «importante aportación» dentro del cuadro general del materialismo histórico, interpretado según una determinada línea «tradicional». Y entonces esta «aportación» será cifrada, por ejemplo, en una hipotética penetración de Gramsci en los «componentes subjetivos», acaso muy descuidados, aunque no desconocidos, por las interpretaciones «objetivistas» del materialismo histórico (sean estas mecanicistas, sean estructuralistas); o bien en una revindicación a Gramsci debida, del peso que debe reconocerse a las «superestructuras» —por tanto, a las ideologías y a los «intelectuales»— en el proceso de la historia y de la praxis política. Con frecuencia, la importancia de las concepciones de Gramsci sobre el papel histórico de las Ideologías se explica precisamente en el contexto de las «condiciones subjetivas»: Gramsci es ahora un teórico del «aparato», el teórico del «maquiavelismo» leninista. Quienes, como

Althusser, propenden a subrayar, aunque de un modo nuevo —diríamos: «estructuralista», más que «mecanicista»— los componentes *objetivos* del materialismo histórico, percibirán en Gramsci, ante todo, al subjetivista, al ideólogo —por oposición al «científico— del humanismo y del historicismo absoluto, entendidos *ad hoc* como incompatibles con una «lectura» científica de *El Capital.*

Pero es muy probable que la importancia de Gramsci haya que ponerla no ya en estas reivindicaciones, indiscutibles, por otro lado, de ciertos aspectos o momentos dados ya en el marco tradicional del materialismo histórico, sino acaso en un desplazamiento del marco entero del edificio, tradicionalmente construido por el ensamblaje de unos componentes *objetivos* con otros *subjetivos,* por una parte, y de unos componentes *básicos* con otros *supraestructurales* por la otra. Acaso la importancia de la obra de Gramsci haya que ponerla en un desplazamiento del centro de gravedad del materialismo histórico a un lugar ontológico que de algún modo es previo —no, naturalmente, en sentido cronológico— a las oposiciones entre lo objetivo y lo subjetivo, entre la base y la supraestructura. Este «lugar ontológico» es, con palabra de Gramsci, la Historia. Pero esta palabra es por sí misma muy vaga y con frecuencia se utiliza con las referencias que, por medio de ella, Gramsci quería superar: el hu-

manismo subjetivista (Althusser) o el proceso supraestructural (Fulvio Papi). Para precisar el sentido de esta palabra —la Historia— en el pensamiento de Gramsci, no será inútil apelar a un sistema de coordenadas exteriores al marxismo, coordenadas irreales si se quiere pero no menos adecuadas que los paralelos y meridianos para determinar las posiciones sobre la superficie terrestre: los «ejes» del sistema hegeliano. El sistema de Hegel se organiza ante todo a los lados de una línea «mundana» (ontológico-especial) que divide la realidad en dos regiones: la *Naturaleza* y el *Espíritu*. Y el Espíritu se estratifica en tres planos sucesivos: Espíritu subjetivo, Espíritu objetivo y Espíritu absoluto. Ahora bien: lo que Marx llamó «vuelta al revés» *(Umstülpung)* de Hegel acaso consiste esencialmente en la trasposición de las relaciones de «orden» que ligaban las partes de este sistema, principalmente las relaciones entre la Naturaleza y el Espíritu (trasposición que define el materialismo dialéctico) y las relaciones entre el Espíritu objetivo y el Espíritu absoluto (y esta trasposición *define* —no constituye— el materialismo histórico). La dialéctica hegeliana caminaba sobre la cabeza y hay que ponerla a caminar sobre sus pies: se trata de identificar, en lo esencial, esa «cabeza» con el «Espíritu absoluto», esos «pies» con el «Espíritu objetivo», y no con el «Espíritu subjetivo» (que es lo

que, en rigor, pretende el «humanismo»). El materialismo histórico, bajo la influencia de Engels, habría experimentado constantemente una tendencia a desplazarse hacia el materialismo dialéctico (en el sentido naturalista); como compensación de este desplazamiento, podrían entenderse gran parte de las interpretaciones «voluntaristas», «subjetivistas», o «metafísicas», consistentes en subrayar los momentos del «espíritu subjetivo» y del «espíritu absoluto» (marxismo cristiano, marxismo moral, etc.), Gramsci representaría la interpretación de esa vuelta al revés de Hegel —de Croce— en el sentido del desplazamiento del «centro de gravedad» de la Historia al lugar ontológico que, en el sistema hegeliano, se designa como «Espíritu objetivo» y que se superpone prácticamente a la «Cultura» de Ostwaldt o a lo «Superorgánico» de Kroeber. Al mismo tiempo, este desplazamiento va acoplado a la inversión de la perspectiva naturalista, que pretende recoger la totalidad de las claves de la Historia a partir de la representación del «primate prehistórico» —Luporini recuerda que el componente naturalista es esencial a todo materialismo— pero se trata de considerar, con Gramsci, hasta qué punto ese mismo primate es ya, en el recorte de su concepto, un contenido cultural, de suerte que la «deducción naturalista» es aparente y más bien circular, des-

de un punto de vista crítico filosófico (dialelo antropológico).

Ahora bien: el desplazamiento del materialismo histórico, de la Historicidad, hacia el «lugar ontológico» del Espíritu objetivo no significa una polarización hacia las «supraestructuras», salvo que adoptemos ya la perspectiva naturalista, porque en realidad se parte *in media res* del Espíritu objetivo ya dado, en el momento en el cual tanto las supraestructuras como la base están formando parte de un *marco* o sistema en devenir. Es a este marco a donde habrá que regresar para recoger las claves del concepto fundamental de «bloque histórico», en tanto que este concepto no se reduce al plano de los conceptos descriptivos o empíricos (y sin que por ello se nieguen las posibilidades empíricas y descriptivas del concepto: no hay, al menos aquí, «cortes epistemológicos»).

Tampoco este desplazamiento del materialismo histórico hacia el «lugar» del Espíritu objetivo puede confundirse, al menos en principio, con una recaída en el Espiritualismo o en el Idealismo, porque el «Espíritu objetivo» es una formación ontológico-especial, material, del mismo orden al que, por ejemplo, pueda pertenecer el «vegetal» o el «animal vertebrado». Es cierto que sobre aquella formación puede edificarse una Metafísica del Espíritu —pero también sobre los vegetales y animales

se ha edificado la metafísica del «Alma», y sobre las formaciones de la naturaleza edificó Aristóteles la metafísica del «Acto Puro»— (que, por cierto, todavía refluye en Gramsci, a través de Gentile, en la determinación del *atto impuro*).

La importancia de Gramsci acaso podría formularse, precisamente, en haber caminado por la vía de la comprensión del Espíritu objetivo en los términos del materialismo filosófico y del marxismo práctico, diametralmente opuesto tanto al «gnosticismo» de Croce como al idealismo absolutista —aliado del fascismo— de Gentile.

La importancia del concepto de «bloque histórico» de Gramsci creemos no podría ser advertida desde una perspectiva naturalista o sociologista. El concepto de «bloque histórico» está tallado en el material mismo del «Espíritu objetivo» y por tanto designa el tipo de unidades históricas que se constituyen «por encima de las voluntades individuales» —aunque por intermedio de ellas— sin reducirse tampoco a la condición de un «reflejo» de una *base económica* que precisamente se organiza en el propio proceso histórico y no previamente a él. Por ello, el concepto de «bloque histórico» no puede ser obtenido, en la Teoría, como una resultante de la composición de conceptos que designan entidades tales como «clase obrera» y «clase campesina», o «base» y «supraestruc-

tura»; ni, en la realidad, un «bloque histórico» resulta de una «alianza» o «pacto» entre determinados grupos o partidos políticos —aunque esta alianza sea un momento necesario en el proceso histórico de un «bloque histórico» determinado. Pero acaso hay «alianzas» políticas— ¿el *Frente Popular* español de los años treinta?— que no se mantienen en el ámbito de un bloque histórico, y de ahí su debilidad, mal disimulada por la buena voluntad ideológica.

Si el concepto de «bloque histórico» se entiende fuera del contexto de una idea similar a la de «Espíritu objetivo», resulta reducido a un simple concepto descriptivo. Pero se diría que, de hecho, quien cree poder utilizar este concepto sin mayor compromiso, se verá arrastrado, por la fuerza misma del concepto, a lugares a los cuales seguramente no quería llegar. No podrá analizar los procesos históricos como resultantes de conflictos entre clases sociales, protagonistas de la Historia, o como una composición dialéctica entre elementos básicos y elementos supraestructurales. El concepto de bloque histórico no incluye la negación de tales conflictos o composiciones. Simplemente los reconoce, pero no como «términos primitivos» del proceso, previos, por tanto, a él, sino como dándose en él, en cuanto determinaciones del «marco espiritual» (lenguaje concreto, nación, cultura específica, etc.), de todo proceso.

Por ello, tanto como decir que es el bloque histórico el lugar donde ciertas clases se encuentran, puede afirmarse también que es en el bloque histórico en donde se separan (las «crisis orgánicas»). En cualquier caso, el *momento político* de un bloque histórico (alianzas, acción política, etc.), es esencial: el «Príncipe» realiza en concreto la unidad entre mercaderes y campesinos, por ejemplo. A pesar de esto, Gramsci prefiere utilizar una terminología no estrictamente política: habla de *hegemonía*, más que de *dictadura*. (Y la oposición entre ambos términos es más profunda que la que se recoge por medio de la distinción entre «sociedad civil» y «sociedad política»; «hegemonía» no es sólo un concepto sociológico, sino también histórico-cultural, «espiritual objetivo»). En cualquier caso, el momento político no puede identificarse con el «momento ideológico» —por oposición a un supuesto «momento estructural»— («bloque histórico estructural» por oposición a «bloque histórico ideológico») porque el momento ideológico forma también parte esencial del bloque histórico, en general. El «bloque histórico» tampoco puede entenderse como una composición de «elementos básicos» y «elementos supraestructurales» —en un sentido similar como tampoco la cabeza de un vertebrado resulta de la composición de dos elementos: cráneo y cerebro. En cierto modo, ocurre al revés: cráneo y cerebro proceden de la

parte del embrión precursora de la cabeza. «Base» puede ser entonces usado en un sentido dinámico; los elementos básicos no son los «cimientos» sino las vértebras que, generándose, cuanto a su forma, en el seno del organismo, lo soportan. Pero en esta perspectiva parece destacada en primer plano, incluso desde un punto de vista estrictamente político, la significación de la actividad llamada «ideológica», «supraestructural», «artística», filosófica», etcétera, como actividad dada dentro del proceso del bloque histórico en formación, incluso previamente a su «momento político» (como puede serlo el partido político). Adquiere de este modo una singular relevancia el problema de la inserción de los «intelectuales» en un bloque histórico determinado. En el pensamiento de Gramsci, uno de los eslabones principales que enlazan los conceptos de «bloque histórico» y de «intelectual», es el concepto de «ideología». Un bloque histórico incluye elementos supraestructurales, ideológicos y, por tanto, los «intelectuales» que —contando también a los científicos— trabajan, al parecer, en el campo supraestructural. La actualidad práctico política de la cuestión es obvia: el concepto de «bloque histórico» representa, por lo menos, un instrumento peculiar para pensar los nexos, cada vez más complejos, entre proletarios e intelectuales, entre «fuerzas del trabajo» y «fuerzas de la cultura». Laso recoge la polémica Napolitano-Garaudy y parece inclinarse hacia las posiciones del primero. Si apelamos al concepto de bloque histórico, el nexo entre obreros e intelectuales no puede pensarse en términos de «alianza» sino en términos de «integración».

Ahora bien: ¿Cuál es el papel del concepto de «bloque histórico» en esta integración? Porque acaso la cuestión esencial no puede ser entendida como discusión sobre si hay alianza o más bien integración entre dos *partes* de un supuesto bloque histórico, sino que deba retrotraerse regresivamente hacia la misma hipótesis de las dos partes del supuesto bloque, a saber, el proletariado y los intelectuales. ¿Acaso son partes «homogéneas» en su función de partes? ¿No ocurrirá que los «intelectuales», como concepto sociológico-empírico, no pueden ser considerados como «parte» de un bloque histórico? En su reducción política, el «bloque histórico» integra, de un modo nuevo, clases sociales históricamente dadas —aristocracia terrateniente y burguesía capitalista, o bien, obreros y campesinos. ¿Cómo hacer figurar, a título de «parte integrante» de un bloque histórico, a los intelectuales? ¿No equivale ello a reconocer a los «intelectuales» el papel de una clase social? Pero este reconocimiento no es nada obvio desde los supuestos marxistas. Lo que se designa con la expresión de «bloque histórico» de obreros e intelectuales acaso es, por ejemplo, la reorganización («crisis orgánicas») que un nuevo

bloque histórico —¿obreros y campesinos?— está operando en la sociedad capitalista y en virtud de la cual, masas importantes de intelectuales adscritos históricamente a la burguesía, son atraídos a un nuevo «campo gravitatorio», a la vez que poderosas fuerzas resisten esta atracción (pensamos en el «Mayo francés»). ¿Qué son, pues, los «intelectuales» en el contexto de un bloque histórico? Apelar a las fórmulas metafísicas (hegelianas o no hegelianas) según las cuales los intelectuales representan la «conciencia» —de la Humanidad, o más modestamente, de la Nación o de la clase o grupo social— es un expediente que el concepto de bloque histórico excluye. Esta fórmula está producida por la movilización del esquema dualista «Ser/Conocer», el esquema que toda concepción del «Espíritu Objetivo» da ya por superada. Precisamente desde esta perspectiva se comprende muy bien la razón del famoso concepto gramsciano del «intelectual orgánico», como concepto que no es meramente empírico, como si solamente describiera la presencia en la industria moderna de ingenieros, especialistas, médicos, etc., al lado de los «trabajadores manuales». Gramsci ha comprendido desde el principio que el concepto descriptivo de «trabajador intelectual» es muy superficial, porque el trabajador manual también trabaja con su entendimiento (y esto sin necesidad de referirse al trabajador cualificado; el «peón» de Adan

Smith es, incluso «filósofo»). El concepto de «intelectual» contiene un momento que no puede ser reducido al momento biopsicológico («trabajador mental» o, incluso, «trabajador con símbolos científicos»), que ya fue categorizado por Marx como «trabajador colectivo». Aquel es el momento en torno al cual elabora Gramsci su concepto de «intelectual orgánico». Cada grupo social al nacer en el terreno originario de una función social esencial en el mundo de la producción económica, se crea conjunta y orgánicamente uno o más rangos de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de la propia función, no sólo en el campo económico, sino también en el social y en el político. El «intelectual orgánico» no es entonces meramente la «mano de obra intelectual» (científica, técnica, simbólica) orgánicamente incorporada, en la sociedad industrial, al trabajador colectivo; el «intelectual orgánico» es, ante todo, una forma de la «conciencia social». Pero como en el plano del Espíritu objetivo esta «conciencia social» ya no puede entenderse como una suerte de resplandor que emana del interior de un ser social, previamente concebido como a oscuras (inconsciente) —dualismo ser/conocer— será preciso entenderla en el momento en el cual, no ya un ser social inconsciente (digamos: «Naturaleza», «Base») se eleva al reino de la Consciencia de sí, sino en el momento en que un ser espiritual-histórico

(por tanto, y consciente según determinados contenidos) se relaciona con otro ser social espiritual. Esta relación es percibida por Gramsci como una relación de conflicto, como una relación dialéctica: las ideologías aparecen a este nivel «diamérico» * y son los conflictos ideológicos la forma de la conciencia social de cada clase o «grupo social fundamental». Diríamos, pues, que los intelectuales son vistos por

* De δια: «entre», «a través»; μέρος: «parte». Diamérico es el tipo de contexto (por oposición a metamérico) que corresponde a un término-objeto (una célula, una persona, una proposición, etc.), cuando se le considera en relación con otros términos-objeto de la misma clase y tales que todos ellos pertenezcan a un mismo nivel de partes (formales o materiales) de una totalidad de referencia. La importancia crítica de este concepto reside en la circunstancia de que conceptos relativos a un material dado pueden ser reducidos a un contexto diamérico o metamérico sin que aparezcan los criterios diferenciales. Por otra parte el contexto diamérico supone la eliminación de contextos metaméricos y viceversa (una suerte de mecanismo de abstracción de productos relativos). El concepto de renta, por ejemplo, en Malthus es metamérico (con respecto a los términos de un campo social) mientras que en Ricardo es diamérico. Consideremos como totalidad a una sociedad en marcha, «recurrente»: partes suyas son los diferentes momentos de esa sociedad. Es muy diferente pensar el concepto de *base,* referido a cada uno de esos momentos en un contexto diamérico, a pensarlo en un contexto metamérico (la naturaleza).

Gramsci en la perspectiva diamérica de la realidad histórica del Espíritu objetivo; es decir, no en el contexto Naturaleza/Espíritu, sino en el contexto Espíritu/Espíritu (que no excluye, por lo demás, la mediación de la Naturaleza) Gramsci recurre a las categorías políticas: el intelectual es, ante todo, un *dirigente,* un *representante, un organizador* de su grupo ante otro grupo o grupos.

Pero este genial planteamiento de Gramsci es, ante todo, un semillero de problemas nuevos. Las sombras se hacen más intensas con la nueva luz y en este sentido Gramsci colabora a oscurecer el terreno. Porque su concepto de «intelectual orgánico» arrastra también las connotaciones del «trabajador intelectual» (como parte del «obrero colectivo») y resulta opuesto al llamado «intelectual tradicional» («intelectual creador», se dice a veces con una fórmula absolutamente incorrecta para designar a los pintores, músicos, escritores, poetas, filósofos, etcétera). Así, el concepto de «intelectual orgánico» *urbano* —frente al intelectual *rural* de tipo tradicional»: médico, maestro, clérigo— se reduce prácticamente al «intelectual tecnológico («los técnicos de fábrica no ejercen ninguna función política sobre su masa instrumental») pese a que Gramsci insiste en considerar esencial el momento de «dirigente» en el intelectual orgánico (especialista + político). De aquí la consecuencia (fundada en una corres-

pondencia superficial) que muchos extraen según la cual el intelectual orgánico pertenece a la esfera de la industria básica de los bienes de producción, mientras el intelectual «creador» se reduciría a la esfera de la supraestructura puesta en correspondencia con la «cultura» y el «ocio» en las expresiones: «Industrias de la cultura», «Industrias del ocio», porque efectivamente, el concierto, la novela o el cine se consumen fuera de la jornada de trabajo). Gramsci se refiere alguna vez a los intelectuales como «funcionarios de las supraestructuras», como empleados del grupo dominante para el ejercicio de las funciones subalternas de la hegemonía social». Sin embargo éstas correspondencias se fundan en las gratuitas suposiciones de la oposición Base/Supraestructura como una dicotomía —y esta dicotomía a su vez, suele estar prisionera de la dicotomía metafísica «Naturaleza (necesidades naturales, básicas)/ Espíritu (necesidades culturales)». Esta dicotomía no es, en todo caso, compatible con la idea marxista de las *necesidades históricas*. Pero entonces, el concepto de «Base» no debe ser entendido en un contexto naturalista (alimentos, viviendas) porque los propios alimentos o viviendas se dan en sus determinaciones históricas. «Base» tampoco se reduce fácilmente a términos físico-económicos (los que inspiran expresiones tales como «transformación de la realidad»), en cuanto incluye el trabajo manual y

—en el modo de producción capitalista— la explotación del trabajador. Una fábrica de cirios pascuales es, para un marxista, parte de la supraestructura. Recíprocamente el «intelectual creador» que trabaja en las «industrias del ocio» es acaso una parte del «obrero colectivo» de esa industria (lo que es ocio para unos es trabajo para otros), y por tanto, como un diseñador, músico, etc., ni siquiera es, por sí, «intelectual orgánico», en el sentido de Gramsci.

Subsiste, por tanto, continuamente, la confusión entre los diferentes significados de «intelectual» y esta confusión repercute en el concepto de «bloque histórico». Sugiere, por ejemplo, que la alianza del bloque, de obreros e «intelectuales creadores» aparece cuando éstos toman conciencia como «intelectuales orgánicos» —cuando lo que ocurre acaso es simplemente que, en esta situación, los intelectuales «creadores» están tomando conciencia de ser trabajadores colectivos (de la industria del ocio, o de la que sea) que encuentran su mercado precisamente al lado del proletariado — y no al lado de la burguesía. Sin embargo, la expresión «intelectual creador» confunde al que se la adjudica y le empuja a pensar que su trabajo sólo se «justifica» por su contenido político o ideológico (crítica al formalismo del realismo socialista»). En particular Gramsci es muy oscuro al establecer las relaciones entre el intelectual y el filósofo. El «intelectual orgá-

nico» pertenece a la esfera política, o, por lo menos, «para algunos grupos sociales el partido político no es más que el modo de articular la propia categoría de intelectuales orgánicos». Recíprocamente «todos los miembros de un partido político deben de considerarse como intelectuales». El filósofo es, para Gramsci, también un político. ¿Concluiremos que *intelectual* y *filósofo* son nombres intercambiables? No parece compatible esta conclusión con otras tesis gramscianas. El «intelectual orgánico» representa políticamente a un grupo social, a su vez especificado por su puesto tecnológico en la producción. ¿A qué grupo social puede representar el filósofo? Acaso a ninguno, en cuanto a que aspira a representar a todos los grupos, como la política misma de una clase que busca, en el partido revolucionario, su propia desaparición. El concepto gramsciano de «filósofo democrático» encierra, al menos, estas virtualidades.

El concepto de «bloque histórico» es una suerte de Idea funcional cuya significación, no solamente reside en su «característica», sino, también en los valores que arroja en cada caso, una vez puestas las «variables independiendientes». A su vez, estos valores son indispensables para precisar el alcance de la «característica». Aquí, la investigación histórica y la práctica política marchan de la mano. Debemos agradecer a José María Laso que, con su libro, nos haya puesto frente a éstas y otras muchas cuestiones, verdaderamente esenciales para el desarrollo del materialismo histórico.

Gustavo Bueno Martínez

EL «PRINCIPE MODERNO» UNA APORTACION DE ANTONIO GRAMSCI A LA PROBLEMATICA ACTUAL DEL PARTIDO POLITICO

La gran mayoría de los politicólogos coinciden en señalar la indudable dificultad que entraña la definición científica del partido político moderno. A tal dificultad, derivada de la evidente plasticidad de los fenómenos sociales, cabe atribuir el retraso con que se ha elaborado la categoría analítica del partido político. Por ello no debe desdeñarse ninguna contribución, cualquiera que sea su origen y motivaciones, a tan importante problemática de la sociología contemporánea.

Partiendo de esas premisas, nos proponemos examinar en este trabajo las aportaciones con que A. Gramsci ha enriquecido una temática que sigue constituyendo fuente de polémicas muy vivas entre quienes se interesan por los procesos políticos de nuestro tiempo.

La obra de Gramsci, tan difundida por otra parte a escala europea durante las dos últimas décadas, era casi desconocida en España salvo en eruditos círculos culturales que la utiliza-

ban, junto con la de Lukács, para apoyar en su autoridad determinadas posiciones críticas. Recientemente, sin embargo, ha comenzado a popularizarse en el país a través de la publicacin, por Ed. Península, de su interesante recopilación titulada «La Política y el Estado Moderno» y de una selección de textos diversos que bajo el título genérico de «Introducción a la Filosofía de la Praxis» ha llevado a cabo para la misma editorial el profesor de Derecho Político de la Universidad de Barcelona Jorge Solé Tura. Al profesor Solé Tura, verdadero pionero —junto con Manuel Sacristán— de la difusión de la obra de Gramsci en España, cabe también atribuir el mérito de la publicación de «Cultura y Literatura» por Antonio Gramsci y de la «Vida de Antonio Gramsci» de Giuseppe Fiori, igualmente editada por Península.

I. VIDA Y OBRA

Durante su breve vida (1891-1937) Antonio Gramsci descolló como publicista, a través de la revista «L'Ordine Nuovo» fundada en 1919, llevando a cabo con especial rigor intelectual una gran labor de esclarecimiento y crítica de los fundamentos sociológicos de la cultura nacional italiana. No menor importancia revistió su actividad como dirigente político ya que se convirtió en el teórico y organizador práctico de los «consejos de fábrica» y de otras organizaciones obreras italianas. Posteriormente, tras un breve pero intenso período de militancia activa en el movimiento socialista italiano, Gramsci adoptó una decisión que determinará toda su trayectoria ulterior: El 21 de enero de 1921 en el Congreso de Liorna del Partido Socialista, Gramsci, Togliatti y otros portavoces del ala izquierda rompieron con la mayoría reformista y fundaron el Partido Comunista Italiano. Proclamado el fascismo Gramsci es detenido, no obstante la inmunidad parlamentaria que gozaba como diputado, y en tan difíciles circunstancias redacta sus célebres «Quaderni dal Carcere» que le consagraron como una autoridad teórica en el seno del movimiento obrero italiano.

La labor ingente que Gramsci desarrolló con su característico «lenguaje de Esopo» —ya que no sólo se trataba de aportar nuevas categorías científicas sino también de burlar el control de sus vigilantes— constituye un ejemplo con pocos precedentes similares acerca del poder de la voluntad humana. Según su biógrafo Giuseppe Fiori (1): «...Trabajaba en condiciones difíciles, con los libros que el director —inclinado por conformismo de burócrata a resistencias y pequeñas vejaciones— le permitía recibir irregularmente del exterior. Así escribía diariamente con ejemplar tenacidad, pese a los muchos factores desfavorables: los generales de la vida de todo recluso y además la imposibilidad de consultar ampliamente los libros y documentos necesarios, así como una progresiva deteriorización física: padecía insomnio y penosos trastornos gástricos. Para completar la catástrofe del cuerpo progresaban la tuberculosis, la arterio-esclerosis y la enfermedad de Pott (las vértebras se iban destruyendo progresivamente y en los músculos dorsales se formaban abscesos)». Pero —como señala Fiori— «...El trabajo, los apuntes, las notas breves con una idea fijada en su primer es-

[1] Giuseppe Fiori: «Vida de A. Gramsci» Ed. Península, Barcelona, 1968, págs. 280 y 325.

bozo, los ensayos a completar o a reelaborar eran para Gramsci la vida misma, su modo de continuar la lucha revolucionaria, de permanecer vinculado al mundo, ideológicamente activo de la sociedad de los hombres».

Tan abnegado esfuerzo no fue por ello baldío en su doble faceta cuantitativa y cualitativa. Las casi tres mil páginas de los treinta y dos cuadernos que Gramsci cubrió en once años de cárcel con notas y apuntes constituyen una de las aportaciones más importantes realizadas por un solo pensador a la problemática de nuestra época. «Las 2.848 páginas del original —ha escrito el primer ordenador de los 'Cuadernos' Felipe Platone en Rinascita de abril de 1946— corresponden a cerca de cuatro mil páginas mecanografiadas».

La monumental edición de Einaudi las inserta en seis volúmenes, en el siguiente orden: «El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce» (1948), «Los intelectuales y la organización de la Cultura» (1.949), «Notas sobre Maquiavelo, su política y el Estado Moderno» (1949), «El Risorgimento» (1949), «Literatura y vida nacional» (1950) y «Pasado y Presente» (1951). En la edición de Einaudi se agrupan así orgánicamente temas desarrollados en diversos cuadernos incluso a varios años de distancia. No se trata, sin embargo, de materiales preparados para su inmediata publicación sino para su ulterior reelaboración.

El propio Gramsci describe en cartas dirigidas a su cuñada, su plan de trabajo:

«Me he centrado en tres o cuatro temas principales, uno de los cuales es la función cosmopolita de los intelectuales italianos hasta el Setecientos, escindida luego en tantas direcciones: el Renacimiento y Maquiavelo, etc... Si pudiese consultar el material necesario creo que podría hacer un libro realmente interesante, que todavía no existe; digo libro por referirme sólo a la introducción a un cierto número de trabajos monográficos, porque la cuestión se presenta diversamente en las distintas épocas y, a mi parecer, habría que remontarse hasta los tiempos del Imperio Romano. Mientras tanto escribo notas, aunque sólo sea porque la lectura de lo relativamente poco que tengo a mi disposición me hace recordar las lecturas del pasado».

«Se puede decir que no tengo ya un verdadero programa de estudio y trabajo, cosa que había de ocurrir forzosamente. Me había propuesto reflexionar sobre una serie de cuestiones, pero era forzoso que al llegar a un cierto punto tuviese que pasar a la fase de documentación y, por tanto, a una fase de trabajo y de elaboración que exige grandes bibliotecas... Hay que tener en cuenta además que el hábito de severa disciplina filológica adquirido durante los estudios universitarios me ha hecho adquirir

unos escrúpulos metodológicos quizás excesivos».

Evidentemente no se cumplió el designio del fiscal del Tribunal Especial para la Defensa del Estado cuando, tras una violenta requisitoria, dijo refiriéndose a Gramsci: «Hemos de impedir durante veinte años que este cerebro funcione».

En 1947 la publicación de sus «Cartas de la Prisión» le valieron a Gramsci para obtener, a título póstumo, el más importante galardón literario de Italia: el Premio Viarregio. Las «cartas de la Prisión», en su mayor parte dirigidas a sus familiares, están impregnadas de una patética humanidad y reflejan la entereza moral con que Gramsci afrontó su largo y doloroso martirio. En ellas Gramsci trasciende su propia vicisitud individual para plantearse globalmente la condición del combatiente político: «Cuando se ha ligado la propia vida a un fin y se concentran en éste todas las energías y toda la voluntad, ¿no es forzoso que queden al descubierto algunos, o muchos, de los aspectos individuales?» y —prosigue— «Yo no hablo jamás del aspecto negativo de mi vida. Antes que nada porque no quiero ser compadecido; fui un combatiente que no ha tenido suerte en la lucha inmediata, y los combatientes no pueden ni deben ser compadecidos cuando han luchado no porque han sido obligados, sino porque ellos mismos lo han decidido conscientemente».

II. EL PRINCIPE MODERNO

Interesado por la problemática política del Renacimiento, Gramsci elabora sus «Notas sobre la política de Maquiavelo» [1] y ello le lleva a plantearse la cuestión de quien puede desempeñar el papel del Príncipe en la sociedad contemporánea.

Consciente de que pasaron ya los tiempos en que la personalidad individual aislada podía jugar el papel de fuerza política —si alguna vez realmente lo desempeñó— Gramsci se adelanta a Jiménez de Parga en considerar que «a nivel actual es el grupo y no el individuo el que hace política» [2]. O, en sus propias palabras: «...Se ha dicho que el protagonista del nuevo Príncipe no puede ser en la época moderna un héroe personal sino que debe ser el partido político, es decir, en cada caso y en las diversas

[1] A. Gramsci, «Note sul Machiavelli, sulla política e sullo Stato Moderno», Turín, 1949 (Hay edición castellana de Ed. Lautaro de Buenos Aires.)

[2] J. B. de Celis, «Los grupos de presión en las democracias contemporáneas», Ed. Tecnos, Madrid, 1963, página 22.

relaciones internas de las diferentes naciones, el partido político determinado que se propone fundar un nuevo tipo de Estado y ha sido racional e históricamente creado con ese fin»[3].

Esta identificación del Príncipe moderno con el partido político que inicialmente toma Gramsci como hipótesis de trabajo llega a constituir, mediante un exhaustivo y riguroso análisis sociológico de las organizaciones políticas actuales, la conclusión que corona, a través de la corroboración por la «praxis» histórica su propio proceso discursivo. Ahora bien, ese análisis no puede realizarse sin, como él mismo señala, «...escribir la historia general desde un punto de vista monográfico, para poner de relieve un aspecto característico», de forma que «...la historia de un partido no podrá dejar de ser la historia de un grupo social determinado».

Con ello Gramsci se sitúa en un punto de vista divergente del que tradicionalmente asumió la teoría del partido político. A partir de sus fundamentadores contemporáneos, Ostrogorski y Robert Michels, hasta llegar a Duverger —aunque en este último mucho más relativizada— se ha tendido a una actitud que considera sobre todo el aspecto estructural de los partidos políticos. De ahí la insistencia con que diversos autores hacen especial hincapié en su carácter de «máquina» organización y «aparato». Sin desdeñar la faceta instrumental que, como fuerzas contendientes en los antagonismos políticos, conllevan inevitablemente los partidos, no conviene privilegiar unilateralmente en el análisis una faceta que, a pesar de su importancia, no agota toda la riqueza derivada de la complejidad de las organizaciones políticas.

Por ello el sociólogo italiano Umberto Cerroni en su trabajo «Para una teoría del Partido Político»[4], señala —acertadamente a nuestro juicio— que «...Sin duda alguna, en cada aspecto de la política moderna se encuentra el elemento técnico de la organización de la fuerza y también en el partido político es dable encontrar, como en el Estado, la presencia de ese elemento y no se excluye la posibilidad de que, en determinadas coyunturas históricas, este asuma un papel de primer plano. Sin embargo, para fijar la tipología de los partidos ¿basta un reconocimiento de su «esqueleto» y una indicación de las técnicas de penetración y control de la opinión pública o de organización de las masas para responder a las cuestiones generales atinentes a los azares de la historia política, al origen mismo del partido político moderno, a los nexos que lo ligan con los desarrollos políticos y sociales de nuestra épo-

[3] A. Gramsci, «La Política y el Estado Moderno», edición Península, Barcelona, 1971, pág. 83.

[4] Op. cit., pág. 22.

ca?»[5]. Evidentemente no. La tarea es mucho más global y exige tener en cuenta todos los factores que integran el complejo fenómeno que constituyen los partidos políticos modernos.

Ahora bien, su propia rigurosidad intelectual lleva a Gramsci a no contentarse con esta toma de posición inicial. Tratando de profundizar en las raíces del problema se plantea igualmente que la noción descrita de los partidos políticos, de la cual discrepa, parece también estrechamente derivada de la concepción de igual modo tradicional de la política como «ciencia autónoma» y de la acción política como mera «pasión». Pero esto, como ya señalaba Gramsci en relación con Croce, «...choca con la dificultad de explicar y justificar las formaciones políticas permanentes, como los partidos en la medida en que se desintegra el nexo política-estructura social precisamente cuando en su emergencia histórica, en definitiva se halla el origen del fenómeno moderno del partido político». Consecuente con esta tesis Cerroni, en su «Teoría del Partido Político», añade que «...en síntesis, parece necesario meditar y ahondar, también en relación con ese fenómeno, la advertencia gramsciana de tener siempre en cuenta la relación de unidad-distinción que se establece entre política y economía; de

[5] Op. cit., pág. 13.

unidad, por cuanto sólo una identificación de política y economía explica la posibilidad de una «pasión organizada de modo permanente»; y de distinción, en el sentido de que, en el cuadro de esa relación, puede entenderse también la especificidad de la pasión política» como impulso inmediato a la ación que nace en el terreno permanente y orgánico de la vida económica, pero

> «haciendo entrar en juego sentimientos y aspiraciones en cuya atmósfera incandescente el mismo cálculo de la vida humana individual obedece a leyes diferentes de las que rigen el interés individual»[6].

Coincidimos también con Cerroni en considerar que «...No parece que el equipamiento técnicamente imponente de los modernos partidos políticos permita pasar por alto las sugerencias metodológicas gramscianas», ya que «sin ellas no lograremos dar cuenta fácilmente del ingreso masivo en la política de fuerzas sociales importantes, cuya dinámica, lejos de estar determinada por los partidos políticos, pareciera más bien determinar ella misma a los partidos». Sin negar mecanicistamente un nivel de especificidad autonómica a la política, no puede convertirse en autosuficiente sin correr el riesgo —y volvemos a citar a Cerroni—

[6] Op. cit., pág. 13.

de «incurrir en lo que Marx llamaba «ilusión específica de juristas y políticos», matiz de la «superstición política» que ve en la política al «Demiurgo de la sociedad». Se puede en consecuencia suscribir la conclusión de Cerroni de que «...Por importante que sea, el momento técnico y «pasional» de la fuerza y el dominio de la «opinión» queda en sí mismo englobado en procesos sociales que, al menos en las tendencias a largo plazo, rehuyen un control que no se funde en la compresión del nexo política-economía, en el carácter estrictamente funcional que tiene la política respecto a la estructura social»[7].

Sentadas esas bases metodológicas prosigue Gramsci su análisis de Maquiavelo para pasar seguidamente a precisar su actualización de la figura del Príncipe. Para ello parte, en consonancia con su filosofía de la «praxis», de que «...No existe una «naturaleza humana» abstracta, fija e inmutable sino que la naturaleza humana es el conjunto de las relaciones sociales históricamente determinadas; es decir un hecho históricamente verificable, dentro de ciertos límites, con los métodos de la filología y de la crítica. Por consiguiente, la ciencia política debe concebirse en su contenido concreto como un organismo en desarrollo».

En su trabajo «Sobre el método de Gramsci

[7] Op. cit., pág. 14.

(De la historiografía a la ciencia política)»[8] Alessandro Pizzorno resume en tres puntos la concepción gramsciana de la ciencia política: «1.º Ella debe ser ante todo el estudio de las CONDICIONES que permiten la formación de ciertas voluntades colectivas, en los diferentes niveles de relaciones de fuerzas dentro de los cuales se manifiestan (social, es decir ligado directamente a la estructura; político y político-militar) y en las diferentes combinaciones (horizontales, o según las actividades económicas; verticales, es decir geográfico). En 2.º lugar, el estudio de los MODOS de constitución de la voluntad colectiva (los modos de identificación del individuo en el grupo, el espíritu de sacrificio, el espíritu de cuerpo, el espíritu estatal, etc..., 3.º Finalmente el estudio de las REGLAS de gobierno, y, más ampliamente, el estudio del funcionamiento del Estado, indicando con este término «el conjunto de las actividades prácticas y teóricas con las que la clase dirigente justifica y perpetúa su dominación y además logra obtener el consenso activo de los gobernados». El término Estado comprende, en esta acepción, también a la sociedad civil (las organizaciones llamadas «privadas», etc...) y por ello la ciencia de la política aparece en Gramsci como la ciencia unitaria

[8] «Gramsci y las Ciencias Sociales», Cuadernos de pasado y presente, Rep. Argentina, 1970, pág. 59.

de los fenómenos sociales, que engloba las otras ciencias sociales y en particular la sociología».

Aplicando estos postulados Gramsci se plantea el problema del significado que Maquiavelo tuvo en su época y en los fines que se proponía al escribir sus libros, esencialmente «El Príncipe». Para él la doctrina de Maquiavelo no era en su época algo «libresco» similar a la obra de los tratadistas medievales sino «el estilo de un hombre de acción que quiere mover a la acción»; es decir el estilo de un «manifiesto» de partido. Cedamos por ello la palabra al propio Gramsci en una cita extensa pero esencial para nuestro propósito:

«Debe considerarse, sobre todo, a Maquiavelo como la expresión necesaria de su tiempo, como un hombre estrechamente ligado a las condiciones y a las exigencias de su época, que resultan: a) de las luchas internas de la república florentina y de la estructura particular del Estado, que no sabía liberarse de los residuos comunales-municipales, es decir, de una forma de feudalismo que se había convertido en un estorbo; b) de la lucha entre los estados italianos para imponer un equilibrio en el ámbito italiano, obstaculizado por la existencia del Papado y de los demás residuos feudales, municipalísticos de la forma estatal urbana y no territorial; c) de las luchas de los estados italianos, más o menos solidarios, por un equi-

librio europeo; o sea, de las contradicciones entre las necesidades de un equilibrio interno italiano y las exigencias de los estados europeos en lucha por la hegemonía».

«En Maquiavelo influye el ejemplo de Francia y España, que han conseguido ya una fuerte unidad estatal territorial; Maquiavelo hace una comparación «elíptica» (para emplear la expresión crociana) y deduce las reglas para un Estado fuerte en general e italiano en particular. Maquiavelo es un hombre fuertemente ligado a su época y su ciencia política representa la filosofía de la misma, que tiende a la organización de monarquías absolutas de ámbito nacional, la forma política que permite y facilita un ulterior desarrollo de las fuerzas progresivas y burguesas. En Maquiavelo se puede describir «in nuce» la separación de los poderes y el parlamentarismo (el régimen representativo): su «ferocidad» va contra los residuos del mundo feudal, no contra las clases progresivas. El Príncipe debe poner término a la anarquía feudal y esto es lo que hace Valentino en Romaña, apoyándose en las clases productivas, los mercaderes y los campesinos. Dado el carácter militar-dictatorial del Jefe del Estado, como se requiere en un período de lucha para la formación de un nuevo poder, la indicación de clase contenida en «L'arte della guerra» debe entenderse también referida a la estructura estatal general: si las clases urbanas desean

poner fin al desorden interno y a la anarquía externa deben apoyarse en los campesinos como masa, constituyendo una fuerza armada segura y fiel de tipo absolutamente distinto a las compañías mercenarias».

«De una concepción de Maquiavelo más ligada a la época deriva, subordinadamente, una valoración historicista de los denominados «antimaquiavélicos».

«El ejemplo típico de éstos es Jean Bodin (1530-1596). Para Bodin no se trata de fundar el Estado unitario-territorial (nacional), es decir, de volver a la época de Luis XI, sino de equilibrar las fuerzas sociales que luchan dentro de ese Estado ya fuerte y arraigado; a Bodin no le interesa el momento de la fuerza sino el del consentimiento. Con Bodin tiende a desarrollarse la monarquía absoluta: El Tercer Estado es tan consciente de su fuerza y dignidad, sabe tan bien que el destino de la monarquía absoluta está ligado a su propio destino, a su propio desarrollo, que pone «condiciones a su consentimiento», presenta exigencias, tiende a limitar el absolutismo. En Francia Maquiavelo servía ya a la reacción, porque podía servir para justificar el perpetuo mantenimiento del hombre en la «cuna», por ello era necesario ser «políticamente antimaquiavélico» [9].

[9] A. Gramsci, «La Política y el Estado Moderno», edición Península, Barcelona, 1971, pág. 67.

Después de un estudio minucioso de las condiciones sociales imperantes en Italia durante la vida de Maquiavelo, y de observar que por entonces no existían en el país instituciones representativas similares a las de los Estados Generales de Francia, Gramsci pasa directamente a plantearse la actualización del mito-Príncipe —mito en el sentido soreliano— es decir, de una ideología política que se presenta no en forma de fría utopía, o de raciocinio doctrinario, sino como una creación de la fantasía concreta que opera sobre un pueblo disperso y pulverizado para suscitar y organizar una voluntad colectiva.

Citémosle textualmente: «El Príncipe Moderno, el mito-Príncipe no puede ser una persona real, un individuo concreto; sólo puede ser un organismo, un elemento de sociedad complejo en el que ya se ha iniciado la concreación de una voluntad colectiva reconocida y afirmada parcialmente en la acción. Este organismo ha sido creado ya por el desarollo histórico: es el partido político, la primera célula en que se reúnen unos gérmenes de voluntad colectiva que tienden a convertirse en universales y totales. En el mundo moderno, sólo una acción histórico-política inmediata e inminente, caracterizada por la necesidad de un procedimiento rápido y fulminante, puede encarnarse en un individuo concreto; la rapidez sólo puede ser necesaria ante un gran peligro inminen-

te, un gran peligro que caldea de modo fulminante las pasiones y el fanatismo, aniquilando el sentimiento crítico y la corrosividad irónica que pueden destruir el carácter carismático del CONDOTTIERO (así ocurrió en la aventura de Boulanger). Pero una acción de este tipo, por su misma naturaleza, no puede tener un vasto alcance y un carácter orgánico: será casi siempre del tipo de la restauración y de la reorganización y no del tipo de la fundación de nuevos estados y de nuevas estructuras nacionales y sociales (como ocurría con 'El Príncipe' de Maquiavelo, en el cual el aspecto de restauración no era más que un elemento retórico, es decir, ligado al concepto literario de la Italia descendiente de Roma que debía restaurar el orden y poder romanos); será de tipo defensivo y no creador original, es decir, un tipo en el que se supone que una voluntad colectiva, ya existente, se ha debilitado, dispersado, ha sufrido un colapso peligroso y amenazador, pero no decisivo y catastrófico y es preciso reconcentrarla y robustecerla, pero no se debe crear una voluntad colectiva 'ex-novo', originalmente y conducirla hasta metas concretas y racionales».

Con estos planteamientos Gramsci no sólo pretendía precisar científicamente la importancia respectiva de los factores individuales y colectivos en el desarrollo histórico, sino que trataba igualmente, aunque de forma indirecta,

de situar el personaje Mussolini en su contexto histórico. En consecuencia se suscita también el doble carácter que, según las fuerzas sociales en que se base, puede presentar el cesarismo. Como señala Buzzi en su «Teoría Política de Antonio Gramsci»[10]: «Algunos tipos de 'condottiere', tales como César y Napoleón, pertenecen, pues, definitivamente a una época conclusa. En el mundo moderno son anacronismos. A este propósito, y con la intención de hacer una crítica del 'condottiere' político que fue Mussolini, Gramsci advierte que todo Cesarismo es, en una amplia medida, un compromiso entre fuerzas políticas en lucha que se equilibran de una manera catastrófica. Es una especie de revolución-restauración, una simbiosis de lo antiguo y lo nuevo. Tiene un carácter progresivo si la persona que interviene hace que triunfen, aunque a pesar de determinados compromisos, las fuerzas progresivas. Si no, será más bien regresivo. César y Napoleón son ejemplos de cesarismo progresivo; Napoleón III y Bismarck de cesarismo regresivo».

Seguidamente Gramsci se plantea las tareas que se abren ante el Príncipe en su moderna encarnación de partido político y dice: «Es preciso definir la voluntad colectiva y la voluntad política en general en sentido moderno, la vo-

[10] A. R. Buzzi, «La Teoría Política de A. Gramsci», edición Fontanella, pág. 168, Barcelona, 1969.

luntad como conciencia operativa de la voluntad histórica, como protagonista de un drama histórico real y efectivo».

«Una de las primera partes tendría que dedicarse, precisamente a la 'voluntad colectiva' planteando la cuestión de este modo: ¿Cuándo puede decirse que existen las condiciones para que pueda suscitarse y desarrollarse una voluntad colectiva nacional-popular? Para ello se requeriría un análisis histórico-económico de la estructura social del país en cuestión y una representación dramática de los intentos hechos a lo largo de los siglos para suscitar esa voluntad y las razones de los sucesivos fracasos».

Otra parte de la actuación del Príncipe moderno deberá dedicarse a la cuestión de una reforma intelectual y moral, es decir a renovar la concepción del mundo. Empero, ¿«Puede existir una reforma cultural, es decir una elevación de los estratos hundidos de la sociedad sin un cambio en la situación del mundo social y económico? Por esto una reforma intelectual y moral tiene que ir ligada forzosamente a un programa de reforma económica; más aún: El programa de reforma económica es, precisamente, el modo concreto en que se presenta toda reforma intelectual y moral. El Príncipe moderno, al desarrollarse, trastorna todo el sistema de relaciones intelectuales y morales por cuanto su desarrollo significa, precisamente, que todo acto es considerado útil o dañino en la medida que su punto de referencia es el Príncipe mismo y sirve para incrementar su poder u oponerse al mismo. El Príncipe ocupa en las conciencias, el puesto de la divinidad o del imperativo categórico y se convierte en la base de un laicismo moderno» [11].

A continuación Gramsci suscita las dos formas fundamentales que pueden presentar los partidos políticos si se hace abstracción de la acción política inmediata: a) «El partido constituido por una 'élite' de hombres de cultura que tienen la misión de dirigir desde el punto de vista de la ideología general, un gran movimiento de partidos afines (que son en realidad fracciones de un gran partido orgánico) y, en el período más reciente, el partido no de 'élite' sino de masas, que como tales no tienen otra función política que la de una fidelidad genérica, de tipo militar, a un centro político, visible o invisible. Con frecuencia el centro visible es el mecanismo de mando de fuerzas que no desean mostrarse a plena luz sino que quieren operar indirectamente, por persona o ideología interpuesta. En todo caso, la masa «es simplemente de 'maniobra' y es ocupada con prédicas morales, con incentivos sentimentales, con mitos mesiánicos en espera

[11] Antonio Gramsci, «La Política y el Estado Moderno», Editorial Península, Barcelona, 1971, pág. 70.

de tiempos fabulosos en que todas las miserias y contradicciones actuales se resolverán automáticamente».

Criticando la excesiva simplificación que, a su juicio, lleva a cabo Robert Michels de la historia de los partidos políticos, Gramsci se plantea si ésta puede ser la simple narración de la vida interna de una organización, de sus componentes iniciales y de las polémicas ideológicas a través de las cuales se forma su programa y su concepción del mundo. De ser así se trataría de los grupos sociales considerados históricamente en un sentido intelectual restringido, cuando, en realidad, su marco debería ser mucho más vasto y comprensivo.

Con tal propósito para Gramsci «...Deberá hacerse la historia de una determinada masa de hombres que han seguido a sus promotores, les ha rodeado de su confianza o les ha criticado 'realísticamente' dispersándose o permaneciendo pasiva frente a determinadas iniciativas. Pero, como esta masa no está compuesta sólo por miembros del partido, habrá de tener en cuenta el grupo social del que el partido en cuestión es expresión y parte más avanzada; es decir, la historia de un partido tendrá que ser forzosamente la historia de un determinado grupo social. A su vez, como este grupo no está aislado, sino rodeado de simpatizantes y adversarios, la historia de un partido político sólo resultará del complejo cuadro de todo el

conjunto social y estatal con correspondientes interferencias internacionales».

Ahora bien, Gramsci considera que «un partido habrá tenido mayor o menor significado y peso en la medida que su actividad particular haya pesado más o menos en la historia de un país». La lógica de este planteamiento nos lleva a suscitar el problema de saber cuándo está formado un partido, es decir cuándo tiene una tarea precisa y permanente que constituye su misión histórica. En sentido estricto Gramsci estima que «...se puede decir que un partido no está formado nunca, si se tiene en cuenta que todo desarrollo crea nuevas tareas y misiones y también en el sentido de que para algunos partidos es cierta la paradoja de que sólo están plenamente formados, sólo son completos cuando ya no existen, o sea, cuando su existencia resulta históricamente inútil. Así dado que todo partido es solamente una nomenclatura de clase, es evidente que para el partido que se propone anular la división de clases, su perfección y plenitud consiste en haber dejado de existir, porque ya no existen clases ni, por tanto, la expresión de éstas». Con ello Gramsci enfatiza una peculiaridad singular de los partidos marxistas que debe conducir a su natural extinción una vez que hayan cumplido plenamente su misión histórica.

Empero —se pregunta Gramsci— «¿Cuándo un partido se hace 'necesario' históricamen-

te?» Y responde: «Cuando las condiciones de su 'triunfo', de su inevitable hacerse Estado están, por lo menos, en vías de formación y dejan prever normalmente sus desarrollos ulteriores. Pero, ¿cuándo puede decirse, en tales condiciones, que un partido no puede ser destruido por los medios normales? Para responder hay que desarrollar un razonamiento: Para que un partido exista es necesario que confluyan tres elementos fundamentales:

1. «Un elemento difuso, de hombres comunes, medios, cuya participación viene dada por la disciplina y la fidelidad, no por el espíritu creador y altamente organizativo. Sin ellos el partido no existiría ciertamente, pero también es verdad que 'sólo' con ellos tampoco existiría. Son una fuerza en la medida que hay alguien que los centraliza, organiza y disciplina; si faltase esa fuerza cohesiva se desperdigarían o se anularían en un polvillo impotente».

2. «El elemento cohesivo principal, que se centraliza en el ámbito nacional, que da eficiencia y potencia a un conjunto de fuerzas que si se abandonasen a sí mismas apenas contarían para nada; este elemento está dotado de una fuerza altamente cohesiva, centralizadora e 'inventiva'. Es verdad que este elemento por sí sólo tampoco formaría el partido, pero lo formaría más que el primer elemento considerado. Se habla de capitanes sin ejército, pero en realidad, es mucho más fácil formar un ejército que formar capitanes. Lo demuestra el hecho de que un ejército ya formado es destruido si le faltan los capitanes, mientras que un grupo de capitanes que están de acuerdo entre ellos y tengan fines comunes no tardan en formar un ejército, incluso cuando éste es inexistente».

Debe observarse sin embargo, que estas consideraciones de Gramsci se refieren exclusivamente al aspecto técnico-operativo de la dirección organizativa, pues al adoptar la metodología del materialismo histórico considera, en última instancia, determinante el papel de las masas.

3. «Un elemento medio que articula el primero con el segundo y los pone en contacto, no sólo físico sino también intelectual y moral. En la práctica existen para cada partido 'proporciones definidas' entre estos tres elementos y se llega al máximo de eficacia cuando éstas se realizan. Por todas estas consideraciones —afirma Gramsci— se puede decir que un partido no puede ser destruido con medios normales cuando, al existir necesariamente el segundo —cuyo nacimiento está ligado a la existencia de las condiciones materiales objetivas (y si este segundo elemento no existe, es inútil todo razonamiento)— aunque sea en un estado disperso y fluido, no pueden dejar de formarse los otros dos. Para que esto ocurra, es preciso que se haya formado la convicción

férrea de que es necesaria una determinada solución de los problemas vitales. Sin esta convicción no se formará el segundo elemento, cuya destrucción es la más fácil por lo reducido de su número; pero es necesario que este segundo elemento, si es destruido, haya dejado como herencia un fermento que permitirá su reproducción. En la lucha siempre se tiene que prever la derrota; por esto la preparación de los propios sucesores es un elemento tan importante como todo lo que se hace para vencer» [12].

La preocupación de Gramsci por estos aspectos técnicos de la problemática de los partidos políticos modernos y su interés por analizar en cada caso concreto las correlaciones de fuerzas, estableciendo incluso paralelismos con la estrategia militar, no debe inducirnos a considerar que en sus concepciones privilegia la faceta operativa. Por el contrario se rebela contra «...el 'excesivo' (y por tanto superficial y mecánico) realismo político que lleva a menudo a afirmar que el hombre de Estado debe operar sólo en el ámbito de la 'realidad efectiva' y no debe interesarse por el 'deber ser' sino sólo por el 'ser'».

A su juicio «ello significaría que el hombre de estado no debe tener perspectivas que vayan más allá de su propia nariz», y lo ilustra con ejemplos muy significativos en el contexto cultural italiano, ajenos por ello a la índole de nuestro trabajo.

[12] A. Gramsci, «La Política y el Estado Moderno», Editorial Península, Barcelona, 1971, págs. 85 y sigs.

Sin embargo, por su universalidad, no podemos dejar de transcribir su ulterior profundización en los valores éticos que inevitablemente realiza, en uno u otro sentido, toda organización política: «Es difícil excluir que un partido político (tanto de los grupos dominantes como de los subalternos) cumpla también una función de policía, es decir de tutela de un cierto orden político y legal. Si esto se demostrase taxativamente, la cuestión debería plantearse en otros términos, es decir, en términos de las formas y la orientación con que se ejerce dicha función. ¿Se ejerce en un sentido de represión o de difusión, o sea, tiene un carácter reaccionario o progresivo? El partido en cuestión ¿ejerce su función de policía para conservar un orden exterior, extrínseco, obstaculizador de las fuerzas vivas de la historia o la ejerce en el sentido de que tienda a elevar al pueblo a un nuevo nivel de civilización, del que el orden político y legal es su expresión programática?».

«En realidad, una ley encuentra infractores:

a) Entre los elementos sociales reaccionarios que la ley ha desposeído.
b) Entre los elementos progresivos que la ley comprime.

c) Entre los elementos que no han alcanzado el nivel de civilización que la ley puede representar».

«La función de policía de un partido puede ser, pues, progresiva o regresiva. Es progresiva cuando tiende a mantener en la órbita de la legalidad las fuerzas reaccionarias desposeídas y a elevar al nivel de la nueva legalidad a las masas atrasadas. Es regresiva cuando tiende a comprimir las fuerzas vivas de la historia y a mantener una legalidad superada, antihistórica, convertida en extrínseca. Por lo demás el funcionamiento del partido en cuestión proporciona criterios de discriminación: cuando el partido es progresivo funciona 'democráticamente' (en el sentido de un centralismo democrático), cuando es regresivo funciona 'burocráticamente' (en el sentido de un centralismo burocrático). En este segundo caso, el partido es un mero ejecutante, no un cuerpo que delibera; entonces es, técnicamente, un órgano de policía y su nombre de 'partido político' es una pura metáfora de carácter mitológico».

Esta preocupación por los fenómenos de deformación burocrática la acentúa Gramsci en otros pasajes de su obra y llega a formular predicciones que, en muchos casos, los hechos ulteriores acabarían de confirmar. Así en su «Notas críticas sobre un intento de Ensayo Popular de Sociología» [13], afirma: «Este orden de fenómenos va ligado a una de las cuestiones más importantes en relación con el partido político. Es decir, con la capacidad del partido de reaccionar contra el espíritu consuetudinario, contra las tendencias a la momificación y a caer en el anacronismo. Los partidos nacen y se constituyen en organizaciones para dirigir la situación en momentos históricamente vitales para sus clases, pero no siempre saben adaptarse a las nuevas tareas y a las nuevas épocas, no siempre saben desarrollarse según la evolución de las correlaciones globales de fuerzas (y, por tanto, la posición relativa de sus clases) en el país determinado o en el campo internacional. Al analizar este desarrollo de los partidos hay que distinguir:

1) El grupo social.
2) La masa del partido.
3) La burocracia y el Estado Mayor del partido.

La burocracia es la fuerza consuetudinaria y conservadora más peligrosa; si llega a constituir un cuerpo solidario, autosuficiente, si se siente independiente de la masa, el partido terminará por ser anacrónico y en los momentos de crisis aguda es vaciado de su contenido social y queda como suspendido en el aire».

[13] A. Gramsci, «La Política y el Estado Moderno», Editorial Península, Barcelona, 1971, págs. 93 y sigs.

III. EL BLOQUE HISTORICO

Los anteriores análisis parciales de la compleja fenomenología de los partidos políticos modernos constituyen peldaños que conducen a Gramsci a la construcción del arco central de su edificio político: la noción del «bloque histórico». Para ello parte de considerar que «...uno de los ídolos más comunes es el de creer que todo lo que existe es 'natural' que exista, no puede por menos de existir, y que nuestros intentos de reforma, por muy mal que vayan, no interrumpirán la vida, porque las fuerzas tradicionales seguirán operando. Es indudable que hay algo de justo en este modo de pensar. Sin embargo, más allá de ciertos límites, resulta peligroso, y en todo caso subsiste el criterio de juicio filosófico, político e histórico. Cierto que, si se observa a fondo, algunos movimientos sólo se conciben así mismos como marginales. Es decir, presuponen un movimiento principal al que se incorporarán para reformar algunos males, presuntos o verdaderos. Dicho de otra manera: ciertos movimientos son puramente reformistas».

«Este principio tiene importancia política porque la verdad teórica de que toda clase tiene un sólo partido se demuestra en los momentos decisivos, por el hecho de que diversos agrupamientos, cada uno de los cuales se presentaba como un 'partido independiente', se reúnen y forman un bloque único. La multiplicidad existente con anterioridad era sólo de carácter 'reformista', es decir, se refería a cuestiones parciales; en cierto sentido era una división del trabajo político (útil dentro de sus límites); pero cada parte presuponía las demás, hasta el punto de que en los momentos decisivos, esto es, cuando se han puesto en juego las cuestiones principales, la unidad se ha formado y se ha verificado el bloque. De aquí proviene la conclusión de que en la construcción de los partidos políticos hay que basarse en un carácter «monolítico» y no en cuestiones secundarias, por consiguiente, debe observarse atentamente que exista homogeneidad entre los dirigentes y los dirigidos, entre los jefes y la masa. Si en el momento decisivo los jefes pasan a «su verdadero partido», las masas quedan truncadas, inertes, ineficaces. Se puede decir que ningún movimiento real adquiere conciencia de su totalitariedad de golpe, sino únicamente por una experiencia sucesiva, es decir, cuando se da cuenta, por los hechos, de que nada de lo que existe es natural, sino que existe, únicamente, porque se dan ciertas condiciones, cuya des-

aparición no deja de tener consecuencias»[1].

Estas observaciones sociológicas iniciales se complementan con otras de carácter ideológico. Así Manuel Sacristán en su trabajo «El Marxismo de Gramsci», remontándose a la génesis ideológica del concepto Gramsciano observa que «...En los Cuadernos de la cárcel de Turi, Antonio Gramsci intenta documentar con textos del propio Marx un carácter ideológico del pensamiento de éste. Una nota del cuaderno VII puede ilustrar adecuadamente este punto: 'Recordar la frecuente afirmación de Marx sobre la «solidez de las creencias populares» como elemento necesario de una determinada situación. Otra afirmación de Marx señala que una convicción popular tiene frecuentemente la misma energía que una fuerza material... Creo que el análisis de estas afirmaciones lleva a reforzar la concepción de «bloque histórico», en el cual precisamente las fuerzas materiales son el contenido y las ideologías la forma, distinción entre forma y contenido que es meramente didáctica, porque las fuerzas materiales no serían concebibles históricamente sin forma y las ideologías serían caprichos individuales sin las fuerzas materiales».

Para Sacristán «*la idea de 'bloque histórico' es otra de las afortunadas acuñaciones de con-*

[1] A. Gramsci, «La Política y el Estado Moderno», Editorial Península, Barcelona, 1971, págs. 93 y 94.

ceptos a las que ya se ha hecho referencia y *que son acaso el fruto más permanente de la obra teórica de Gramsci*: como si en el forcejeo teórico Gramsci hubiera conseguido una agudización de la capacidad de percibir y de nombrar el objeto esencial de sus esfuerzos. En este caso —'bloque histórico'— se trata de la totalidad y unidad concreta de la fuerza social, la clase, con el elemento cultural-espiritual que es consciencia de su acción y forma del resultado de ésta. El concepto —con ese nombre o con otro— es sin duda imprescindible para un marxismo verdaderamente dialéctico, que no entienda positivistícamente la historia como evolución fatal y lineal de los fenómenos económicos».

Sin embargo, dada la extensión prevista para este trabajo, no nos es posible abordar detalladamente toda la riqueza política de la concepción gramsciana del «bloque histórico». En consecuencia, aún a riesgo de esquematizar excesivamente su pensamiento, nos limitaremos a sintetizarla.

Gramsci parte de la constatación sociológica de que la lucha de clases, y por consiguiente su reflejo en los antagonismos políticos, no tiene lugar enfrentando exclusivamente a una clase con otra —como la oposición tradicional entre proletariado y burguesía— sino mediante el choque de dos constelaciones de fuerzas. Cada una de ellas está constituida por una clase fun-

damental y otras clases o capas sociales auxiliares, articuladas orgánicamente en una coalición más o menos sólida. Frente al bloque histórico constituido por la clase dominante, que en un momento determinado ejerce la hegemonía, tiende a formarse el de las fuerzas progresivas que aspiran a la conquista del poder político como fase previa para, tras una etapa hegemónica transitoria, poner fin definitivamente a la dominación de clases. En el nuevo bloque histórico se integran no sólo las clases trabajadoras de la ciudad y el agro, sino también otras capas sociales urbanas vinculadas particularmente con los servicios y la actividad cultural. En este último campo Gramsci presta particular atención a los intelectuales considerados orgánicamente.

Es decir, que ya no se tiene tanto en cuenta al intelectual individual, más o menos brillante, y que a título particular se adhiere a las posiciones de las clases subalternas para prestigiar su causa con el halo de su genio creador. Sin desdeñar el valor propagandístico que ello pueda suponer, Gramsci lo subordina a la mayor efectividad política que supone la participación en el nuevo bloque histórico de millares de «intelectuales orgánicos». O sea de organizadores de la técnica, los servicios y la administración que al verse obligados a acudir al mercado laboral para vender su fuerza de

trabajo coinciden objetivamente en sus intereses con los de las clases desposeídas.

El fenómeno de esa coincidencia de intereses, que tan certeramente previó Gramsci, se ha acentuado notablemente en nuestros días como consecuencia de la revolución técnico-científica que caracteriza nuestra época. Ello posibilita su creciente desgajamiento del bloque histórico dominante y el que se conviertan no sólo en aliados circunstanciales del nuevo bloque en gestación sino en un elemento orgánicamente integrante del mismo.

Por otro lado al subsistir, en parte, la moderna sociedad de consumo las alienaciones tradicionales por otras más sutiles pero no menos deshumanizadoras, suscita la oposición de nuevos sectores sociales particularmente conscientes de los efectos negativos de una manipulación condicionadora crecientemente organizada. Así se crean las condiciones objetivas para el surgimiento del «bloque antimanipulador» que preconiza Abendroth en sus «Conversaciones con Lukács»[2]. De hecho el bloque antimanipulador constituye la actualización a las condiciones de nuestra década —y de la sociedad de consumo— del bloque histórico gramsciano. Prescindiendo de diferencias terminológicas —y en este sentido la denominación

[2] Holz, Kofler y Abendroth:, «Conversaciones con Lukács», Alianza Editorial, 1969, Madrid.

puede variar según las circunstancias de cada país— se trata de vincular orgánicamente en una tarea común a las fuerzas interesadas en la renovación social. O, con mayor precisión sociológica, a las clases productivas de la industria, el agro y las actividades culturales que aspiran a una reestructuración general de la sociedad.

No se agota con ello toda la riqueza política de la noción gramsciana del bloque histórico y su evidente actualidad constatada en la praxis social cotidiana. Como señala Alessandro Pizzorno en la obra citada anteriormente [3] «... la valoración general de la concepción del bloque histórico tiende a ver en ella más la afirmación del nexo o interacción entre estructura y superestructura —por consiguiente, el modo de liberarse de los demasiado incómodos compromisos de analizar las raíces estructurales de una situación política— que el punto de partida para el análisis de cómo un sistema de valores culturales (lo que Gramsci llama ideología) penetra, se expande, socializa' e 'integra' un sistema social». Pero —continúa Pizzorno— hay una correspondencia casi perfecta entre las descripciones generalizadas implícitas en la noción de bloque histórico, hegemonía, dirección política, ideología, función de los intelectuales y ciertas descripciones generalizadas de la sociología y de la ciencia política moderna, Gramsci anticipa de manera sorprendente el modo de tratar los problemas del consenso, de la función integradora y de los modos de difusión de los valores culturales, característicos del funcionalismo americano de los años 50. Desde el punto de vista de la historia de las ideas este hecho se explica probablemente por la influencia de Durkheim que Gramsci había sufrido inconscientemente a través de Sorel, quien estaba fuertemente impregnado de aquellas ideas».

[3] Alessandro Pizzorno, «Sobre el método de Gramsci» (De la historiografía a la ciencia política), «Gramsci y las Ciencias Sociales», Cuadernos de Pasado y Presente, pág. 51.

Ahora bien, sin desconocer la importancia de esa anticipación y de la coincidencia formal de algunos enfoques parciales hay también distinciones fundamentales. Gramsci persigue propósitos muy distintos a los que caracterizan a la fría y distante asepsia de algunas corrientes sociológicas contemporáneas. En él el pensador y hombre de acción constituyen un todo orgánico. Por ello no puede limitarse a la mera descripción generalizada propia de la sociología empírica. Como combatiente, Gramsci es consciente de que «para que un grupo subalterno llegue a ser completamente autónomo y hegemónico, suscitando un nuevo tipo de Estado, es preciso elaborar los conceptos más universales, las

armas ideológicas más refinadas y decisivas»[4]. Y a esta larga tarea se entrega con su rigurosidad habitual.

Frente a las simplificaciones mecanicistas, Gramsci se plantea «el punto de partida para el estudio de la acción de los hombres en la realidad histórica concreta». Rebasaría los límites propios de este trabajo seguirle al detalle en tan vasta labor. Por ello vamos a recurrir a la magnífica síntesis que de algunos de sus aspectos realiza Giusseppe Tamburrano en su ensayo «Gramsci y la hegemonía del proletariado»[5].

«La filosofía de la praxis siendo no solamente análisis de las estructuras, sino, sobre todo, de las superestructuras (historia ético-política) pone el acento inevitablemente en la política, es decir, en la voluntad organizada de conservar o modificar las estructuras de la sociedad. Lo que a Gramsci le interesa no es tanto la organización de las relaciones de clase, sino la manera como fue creada y es conservada esta organización, y la manera como la clase subalterna debe plantearse el problema para modificarla. Encontrándonos en el dominio de la política las cuestiones que surgen no conciernen

[4] Giuseppe Fiori, «Vida de A. Gramsci», Editorial Península, Barcelona, 1968, pág. 288.

[5] Autores varios, «Gramsci y el marxismo», Editorial Proteo, Buenos Aires, págs. 109 y sigs.

ya a la sociedad capitalista como tipo abstracto de sociedad, sino a la sociedad capitalista nacional, es decir a una realidad efectiva, y además no atañe a las relaciones típicas entre capitalismo y proletariado sino a las relaciones concretas entre la clase dirigente nacional y el proletariado. A partir de esto comienza el análisis de cómo se ha formado la clase dirigente, de cómo logra mantenerse en el poder, comienza, pues, finalmente (digo finalmente porque es la primera vez que se encaran estos problemas en la literatura marxista) el estudio de la sociedad y del Estado, de su dinamismo interior, es decir de la política 'tout court'. Estos problemas, en efecto, siempre habían sido resueltos por los marxistas con genéricas referencias a la violencia de la clase dominante, a la coerción del aparato estatal y a la dictadura de clase».

«Gramsci no niega el carácter coercitivo del aparato estatal, sino que revela que no basta afirmar que una sociedad se mantiene mediante la coerción de las leyes y mediante la fuerza material de los organismos de represión para comprender las razones por las cuales una clase ejerce normalmente el predominio. En efecto cuando se habla de sociedad burguesa o feudal no se entiende sólo un medio de producción capitalista o feudal mantenido coactivamente por las leyes, por los jueces y por la fuerza militar; se entiende también un cierto

armas ideológicas más refinadas y decisivas» [4].
Y a esta larga tarea se entrega con su rigurosidad habitual.

Frente a las simplificaciones mecanicistas, Gramsci se plantea «el punto de partida para el estudio de la acción de los hombres en la realidad histórica concreta». Rebasaría los límites propios de este trabajo seguirle al detalle en tan vasta labor. Por ello vamos a recurrir a la magnífica síntesis que de algunos de sus aspectos realiza Giusseppe Tamburrano en su ensayo «Gramsci y la hegemonía del proletariado» [5].

«La filosofía de la praxis siendo no solamente análisis de las estructuras, sino, sobre todo, de las superestructuras (historia ético-política) pone el acento inevitablemente en la política, es decir, en la voluntad organizada de conservar o modificar las estructuras de la sociedad. Lo que a Gramsci le interesa no es tanto la organización de las relaciones de clase, sino la manera como fue creada y es conservada esta organización, y la manera como la clase subalterna debe plantearse el problema para modificarla. Encontrándonos en el dominio de la política las cuestiones que surgen no conciernen

[4] Giuseppe Fiori, «Vida de A. Gramsci», Editorial Península, Barcelona, 1968, pág. 288.

[5] Autores varios, «Gramsci y el marxismo», Editorial Proteo, Buenos Aires, págs. 109 y sigs.

ya a la sociedad capitalista como tipo abstracto de sociedad, sino a la sociedad capitalista nacional, es decir a una realidad efectiva, y además no atañe a las relaciones típicas entre capitalismo y proletariado sino a las relaciones concretas entre la clase dirigente nacional y el proletariado. A partir de esto comienza el análisis de cómo se ha formado la clase dirigente, de cómo logra mantenerse en el poder, comienza, pues, finalmente (digo finalmente porque es la primera vez que se encaran estos problemas en la literatura marxista) el estudio de la sociedad y del Estado, de su dinamismo interior, es decir de la política 'tout court'. Estos problemas, en efecto, siempre habían sido resueltos por los marxistas con genéricas referencias a la violencia de la clase dominante, a la coerción del aparato estatal y a la dictadura de clase».

«Gramsci no niega el carácter coercitivo del aparato estatal, sino que revela que no basta afirmar que una sociedad se mantiene mediante la coerción de las leyes y mediante la fuerza material de los organismos de represión para comprender las razones por las cuales una clase ejerce normalmente el predominio. En efecto cuando se habla de sociedad burguesa o feudal no se entiende sólo un medio de producción capitalista o feudal mantenido coactivamente por las leyes, por los jueces y por la fuerza militar; se entiende también un cierto

modo de vivir y pensar una 'Weltanschauung', una concepción del mundo difundida en la sociedad y sobre la cual se construyen las preferencias, los gustos, la moral, las costumbres, el buen sentido, el folklore y los principios filosóficos y religiosos de la mayoría de los hombres vivientes en esa sociedad. Este modo de pensar y de obrar de los hombres, de los gobernados, es el soporte más importante del orden constituido; la fuerza material es una fuerza de reserva para los momentos excepcionales de crisis. Normalmente el dominio de la clase dominante se construye sobre esas fuerzas que podemos llamar 'espirituales', es decir, sobre una adhesión de los gobernados al tipo de sociedad en que viven, a la manera de vida de ese orden de vida social, es decir sobre el consenso. Este consenso que él trata de definir, es lo que interesa a Gramsci analizar y explicar».

«De ello se derivan sus notas sobre el buen sentido, el folklore, los intelectuales, etc. En la notable 'vinculación entre el sentido común la religión y la filosofía' Gramsci parte de la premisa que la concepción del mundo de la clase dominante ha sido popularizada y se ha vuelto sentido común, lo que significa que la clase dominada fue amoldada a los principios filosóficos de la clase dominante, a los principios burgueses».

«Pero en la realidad se ha producido una

fractura entre teoría y práctica, es decir, en un momento dado, debido a la evolución de las relaciones sociales y económicas, la actividad práctica de la mayoría de los gobernados difiere de los principios en que ellos creen. En la sociedad burguesa esta fractura concierne, sobre todo, al proletariado, el cual, por su actividad práctica es empujado a creer en una concepción del mundo distinta de la burguesa. Esta distinta concepción del mundo es la filosofía de la praxis. Se plantea, entonces, el problema de la unificación entre la teoría y la práctica, es decir, de educar a los trabajadores en una nueva filosofía, librándolos de la extrañación filosófica burguesa. La tarea de hacer adquirir a los trabajadores la conciencia de su ser social corresponde a los 'intelectuales orgánicos' de la clase subalterna y al partido. Partiendo de la comprobación de que normalmente el dominio de una clase no se construye sólo con la fuerza coercitiva, Gramsci distingue la sociedad civil de la sociedad política: en la primera la clase gobernante busca el consenso, en la segunda obra la coerción. En las 'Cartas' escribe que el Estado 'es entendido con frecuencia como sociedad política (o dictadura o aparato coercitivo para conformar la masa popular según el tipo de producción y la economía en un momento determinado) y no como un equilibrio entre la sociedad política y la sociedad civil (o hegemonía de un grupo social sobre la totali-

dad de la sociedad nacional dirigida mediante las organizaciones así llamadas privadas como la Iglesia, los sindicatos, las escuelas, etc.)'».

La supremacía de un grupo social —escribe en «Il Risorgimento»— se manifiesta de dos maneras: como «dominio» y como «dirección intelectual y moral». La distinción no significa separación entre dos sectores de la sociedad, antes bien significaría que el dominio de una clase no se expresa sólo como coerción, sino que es consenso de los gobernados protegidos de coerción, es decir que la clase dominante plasma mediante sus intelectuales y las instituciones culturales educativas y religiosas a la clase dirigida, pero al mismo tiempo organiza la fuerza que garantiza la estabilidad social en los períodos de crisis e impone la aceptación del régimen a los reacios». En efecto, agrega Gramsci, «Un grupo social es dominante de los grupos adversarios que tiende a 'liquidar' también con las armas, y es dirigente de los grupos afines o aliados».

Para Tamburrano, «La distinción entre sociedad política y sociedad civil (que por otra parte no es nueva en la ciencia política) entre dominio y hegemonía, no tiene solamente una gran importancia teórica, sino que tiene también una gran importancia práctica. En efecto la clase revolucionaria debe plantearse el problema del poder no sólo como la apropiación de los instrumentos de dominio político, sino también y antes que nada de los instrumentos de hegemonía: la conquista del poder no es sólo la conquista del aparato coercitivo de la sociedad política, sino antes que nada la conquista del consenso de las masas». «El consenso debe ser la expresión orgánica, de dirección intelectual y moral, por lo cual las masas se sienten permanentemente ligadas a la ideología y a la *leadership* política del Estado como expresión de sus concepciones y de sus aspiraciones. Con palabras de Renan podemos decir que «el consenso que constituye la conciencia nacional es un plebiscito de todos los días, una silenciosa continuidad de obras».

Tamburrano finaliza el análisis del concepto gramsciano de «hegemonía» señalando que «... En las distintas condiciones del mundo occidental —donde la hegemonía burguesa ha alcanzado y amoldado enormes masas de ciudadanos— el objetivo del proletariado, de sus partidos y de sus intelectuales orgánicos no consiste solamente en la conquista de las 'fortalezas y las casamatas' —que forman la segunda línea de defensa cultural del sistema—, en penetrar, pues, profundamente, en la sociedad civil, sustituyendo la hegemonía burguesa por la socialista. La conquista de la hegemonía, que Gramsci define 'democracia moderna', no surge después de la conquista del poder político, sino que debe realizarse antes. En una nota de 'Il Risorgimento' Gramsci escribe: «un grupo

social puede, mejor dicho, debe ser dirigente antes de conquistar el poder gubernamental (y esta es una de las condiciones fundamentales para la misma conquista del poder); luego, cuando ejerce el poder —y aunque lo tenga sujeto en un puño— se convierte en dominante, pero debe seguir siendo dirigente».

Por su parte, los editores originales de la obra de Gramsci señalaban «... Aquí tenemos formulado de un modo sintético y extremadamente claro uno de los principios fundamentales del pensamiento gramsciano, el que se refiere a la relación entre dictadura (dominio) y hegemonía (dirección intelectual y moral) entre coerción y consenso. Toda clase, para afirmar su poder ejerce la dictadura sobre las clases antagónicas, pero simultáneamente debe asegurarse la dirección de las clases y de los estratos sociales no antagónicos».

«La relación entre estos momentos, ambos esenciales, consustanciales a la realidad misma del poder y del Estado, no está teorizada por Gramsci de una manera abstracta, es decir, de una vez para siempre. Esa relación se determina históricamente a tenor con la situación objetiva, con la correlación de fuerzas, etc. Sin embargo, queda en pie el hecho de que ninguno de los momentos puede ser eliminado (por lo menos mientras exista el Estado) y que el momento del consenso no sólo es fundamental para conquistar el poder, sino que también resulta indispensable para el mantenimiento y el reforzamiento de éste y para la construcción de una sociedad nueva. El pensamiento gramsciano es un desarrollo original de la doctrina leninista de las alianzas de clase».

De ahí la importancia que Gramsci concede a la actividad educativa estatal, considerada en el sentido más amplio del concepto y que A. R. Buzzi resume en su «La Teoría Política de A. Gramsci»[6] al señalar que «El fundamento democrático de la hegemonía de las clases subordinadas exige que el partido-Estado salido de esas clases se apoye en el consentimiento activo de los ciudadanos y no en la fuerza. La violencia y la fuerza no están excluidas de la hegemonía, pero no se justifican más que si se integran en la actividad educativa que obtiene por la interioridad el consentimiento nacional. Si la clase dominante ha perdido el asentimiento, es decir, si ya no es «dirigente» sino únicamente «dominante» y detentadora de la pura fuerza coercitiva, ello no significa otra cosa que lo siguiente: las grandes masas se han apartado de las ideologías tradicionales, ya no creen en lo que creían antes». «Esta crisis de autoridad, esta crisis del asentimiento de las masas (crisis de la democracia y de la hegemonía) la admite Gramsci solamente para las clases do-

[6] A. R. Buzzi, «La teoría política de A. Gramsci», Editorial Fontanella, Barcelona, 1969, págs. 230 y 231.

minantes tradicionales, no para la clase instrumental. Esta es la portadora de la única y verdadera democracia, de la única y verdadera hegemonía, que no entrará jamás en crisis».

Las categorías políticas de «hegemonía», «dirigente» y «dominante» constituyen el instrumento conceptual mediante el que Gramsci aborda finalmente los problemas de la ruptura del bloque histórico dominante y de la creación revolucionaria del nuevo bloque. Para Togliatti, «... es esa la noción misma de las modificaciones y del vuelco de las relaciones de poder la que Gramsci puso como base de todo pensamiento y de toda su acción futura. Esta fue la conquista más grande por él realizada».

Pero ¿cómo abordar en el ámbito de cada país la iniciación de esas modificaciones? Para su biógrafo Fiori [7]. «La respuesta de Gramsci es firme y clara: ante todo aislando a la burguesía, separando de ella a los aliados antinaturales. El proletariado, sostiene Gramsci, sólo puede llegar a ser clase dirigente y dominante cuando llegue a crear un sistema de alianzas de clase que le permitan movilizar contra el capitalismo y el Estado burgués a la mayoría de la población trabajadora».

El propio Gramsci precisó todavía más su pensamiento sobre este problema —actualizándolo al tener en cuenta las nuevas circunstancias originadas por la instauración del fascismo en el país— en un cursillo que realizó para sus compañeros de prisión: «La acción por la conquista de los aliados es para el proletariado extremadamente delicada y difícil. Pero por otro lado, *sin la conquista de estos aliados, el proletariado no puede emprender ningún movimiento revolucionario serio.* Si se tiene en cuenta las particulares condiciones históricas en cuyos límites se observa el grado de desarrollo político de las capas campesinas y pequeñoburguesas de Italia, es fácil comprender que la conquista de estas capas sociales implica para el partido una acción particular que, desarrollándose gradualmente, llegue hasta las capas sociales en cuestión... Al campesino del sur de Italia, o de cualquier otra región, le será fácil, hoy, comprender la inutilidad social del rey, pero no le será tan fácil comprender que los trabajadores pueden sustituirlo, del mismo modo que no cree posible la sustitución del patrono. El pequeño burgués, el oficial subalterno del ejército, descontento por no haber ascendido, por las precarias condiciones de vida, etc., estará dispuesto a creer que sus condiciones de vida podrán mejorar más en un régimen republicano que en uno soviético. El primer paso que hay que hacer dar a estas capas es que se pronuncien sobre el problema constitucional. La inutilidad de la Corona la comprenden hoy todos los trabajadores,

[7] Ob. cit., pág. 249.

incluidos los campesinos más atrasados de la Basilicata o de Cerdeña. En tal terreno, el partido puede realizar una acción en común con los partidos que luchan en Italia contra el fascismo».

En sustancia —para Fiori— «...el razonamiento de Gramsci era el siguiente: 1) Ni siquiera en las condiciones más favorables podrá el partido contar con más de seis mil activistas; 2) La táctica más conveniente no es el aislamiento sectario, sino la búsqueda de alianzas de clase; 3) Los campesinos atrasados y la pequeña burguesía, pero, de momento, sólo para la realización de un objetivo intermedio: el restablecimiento de las libertades confiscadas por el fascismo. Había que promover y dirigir, pues, un vasto movimiento popular antifascista. «El partido —concluía Gramsci, según Ceresa [8], deberá encontrar una consigna capaz de movilizar todas las fuerzas antifascistas para este movimiento [9].

Pero se trata de un caso particular, y sin embargo —como observa Togliatti— «Muchos son los medios a través de los cuales la clase que apunta a la conquista del poder se esfuerza por crear las condiciones de su hegemonía. Lo que nos interesa sobre todo es la manera en que Gramsci considera el problema del poder, es

[8] Cesarea asistió al mencionado cursillo y es a quien se debe esta versión.
[9] Ob. cit., pág. 305.

decir, el ejercicio de la autoridad dirigente por parte de determinados grupos sociales. Aquí Gramsci introduce el concepto de hegemonía pero este concepto no puede ser formalmente opuesto al concepto de dictadura, de la misma manera que no se pueden oponer los conceptos de sociedad civil y sociedad política como si éstos indicaran cosas orgánicamente distintas. La diferencia no es orgánica, sino metodológica».

«Una clase dirigente realiza su propia dirección de maneras diferentes, no sólo de acuerdo a la diversidad de las situaciones históricas, sino también a las diferentes esferas de la vida social. De manera similar una clase subalterna que persigue el objetivo de la conquista de la dirección política, realiza una lucha por la hegemonía en diversos niveles y en todos los campos, y puede darse inclusive que, en momentos determinados y gracias a circunstancias particulares, logre obtener resultados importantes aún antes de haber logrado la conquista del poder político».

«En este ámbito debe considerarse la acción que tiende a lograr para esta clase ciertas alianzas y por lo tanto el consenso de la mayoría de la población, a neutralizar otras fuerzas políticas y sociales; a preparar esa revolución cultural que generalmente acompaña a las revoluciones económicas y políticas; y la misma acción educadora que pertenece esencialmente al

Estado, pero que pertenece también al partido político y anticipa algunas de las funciones dirigentes que mañana pertenecerán a la clase que hoy es aún subalterna». En la concepción actual del partido comunista italiano, que actualiza y desarrolla el pensamiento de Gramsci, «...no es el partido el que conquista el poder, sino un bloque de fuerzas sociales y políticas diversas, de las cuales el partido forma parte, y que es preciso proceder desde ahora, paso a paso, a construir ese bloque histórico, afirmando en su seno la hegemonía de la clase obrera» (de L'Unitá de 16.2.1969).

Analizando la génesis de lo que estima «la aportación más original de Gramsci», Pizzorno considera que, «esa alianza de clases representa, por lo tanto una potencialidad disgregadora de las relaciones orgánicas y esta potencialidad se actualiza cuando se verifican dos circunstancias a) Una crisis orgánica. b) La presencia de una formación social (en general, el partido) que afirma la autonomía integral de las clases subalternas, que es capaz de ejercer la hegemonía, de crear «nuevos valores históricos e institucionales» y de realizar un nuevo bloque histórico opuesto, el núcleo de un Estado. No obstante la condición preliminar es la crisis orgánica, la crisis de representatividad, la ruptura de la relación orgánica entre los grupos sociales y sus partidos, entre las bases sociales y los actores históricos que ellas engendran».

«Empero —se pregunta Pizzorno— ¿Qué son para Gramsci las crisis orgánicas? En primer lugar, se trata de una categoría más amplia que la que supone la expresión «ruptura revolucionaria» usada por Togliatti. La crisis orgánica puede conducir a la revolución, pero también puede abrir el camino a la reacción: o simplemente resolverse dejando el poder en manos de quienes ya lo detentaban. Además la crisis puede presentar distintos grados de amplitud e intensidad».

«Hay normalmente crisis orgánica —que es crisis de hegemonía de la clase dirigente, conflicto entre representantes y representados— ya sea porque la clase dirigente ha fracasado en alguna de sus grandes empresas políticas para la cual había demandado, o impuesto por la fuerza, el consenso de las masas (la guerra, por ejemplo) o porque grandes masas (en particular, de campesinos y de pequeños burgueses intelectuales) han pasado bruscamente de la pasividad política a una cierta actividad y plantean reivindicaciones que en su conjunto inorgánico constituyen una revolución. Se habla de crisis de autoridad y es ésta la crisis de hegemonía o crisis del Estado en su conjunto».

La noción de crisis orgánica sirve sólo para definir una fase de un proceso que admite una alternativa histórica; vale decir, de un proceso que puede, según las circunstancias, tener diferentes salidas. Puede dar lugar a situaciones

en las que la clase gobernante tradicional advierte rápidamente el peligro, unifica a sus diferentes representantes en un partido único y reorganiza el poder de manera abiertamente dictatorial. Gramsci pensaba aquí, como es natural en el tipo fascista de solución de la crisis. O bien, si es incapaz de unificarse de manera estable, la clase gobernante elige provisoriamente un patrón que media entre las diferentes facciones, y al mismo tiempo, entre la clase dominante y las clases subalternas. Se produce entonces una solución cesarista».

«Para que haya creación de valores y de formas históricas nuevas, es necesario en cambio que se afirmen nuevos sistemas de representación orgánica (y de hegemonía) por parte de las clases subalternas y al mismo tiempo de anticipación del nuevo Estado: los consejos obreros y el partido. Durante los años 50 hubo una controversia que se reflejó en el plano político en torno a la cuestión de si Gramsci daba preferencia a una u otra solución. Togliatti, por ejemplo, en el trabajo citado, afirma sin vacilaciones que la solución de los consejos era circunstancial y que la del partido, ya en los años 20, era para Gramsci la solución de principio. Quizá la disputa quede mejor centrada si se tiene en cuenta que la solución de los consejos es formulada en un momento de ascenso revolucionario; la solución del partido es formulada y propuesta para un período de guerra de

posición, como la llama Gramsci, vale decir, un período privado de perspectivas revolucionarias inmediatas» [10].

El debate, al igual que acerca de otros muchos puntos de la problemática gramsciana, continúa abierto. Y en ocasiones, de forma fuertemente polémica. Así recientemente [11], reaccionando frente a lo que considera una deformación de la noción gramsciana del bloque histórico, llevada a cabo por Roger Garaudy en su obra: «Pour un modèle français du socialisme» [12], Giorgio Napolitano, miembro del Buró Político del Partido Comunista Italiano, suscita el peligro siempre actual de una esquematización del concepto de bloque histórico —como por nuestra parte advertíamos que incurriríamos— que acaba reduciéndolo a una mera alianza de clases y se pierdan con ello de vista las importantísimas consecuencias superestructurales que Gramsci deduce del mismo.

Inicialmente, el planteamiento de Garaudy parece correcto cuando afirma que «...En nuestra época, el concepto de clase obrera se extiende a nuevas fuerzas vivas de la nación, es-

[10] «Gramsci y las Ciencias Sociales», C. de P. y P. Córdoba, Argentina, 1970, pág. 58.

[11] Giorgio Napolitano, «Roger Garaudy et le Nouveau Bloc Historique» de «Rinascitá» del 23.3.1972.

[12] Roger Garaudy, «Pour un modèle français du socialisme», Editorial Bernard Grasset, París, 1968. (Hay versión castellana de Grijalbo), págs. 19-23.

pecialmente a las capas intelectuales orgánicamente engendradas y desarrolladas por el propio crecimiento de las ciencias, de las técnicas y de la economía y que constituyen un elemento cada vez más importante del «trabajador colectivo». La clase obrera se encuentra por estas razones a la cabeza de lo que A. Gramsci llamaba «un nuevo bloque histórico», y en el interior de su Partido estas capas nuevas deben sentirse «como en su casa» y desempeñar en él su papel específico, como desempeñan un papel específico en el «trabajador colectivo», que es el motor de desarrollo de nuestras sociedades». «En términos generales, en los países muy industrializados, en los que el peso específico de los trabajadores agrícolas está en constante regresión, la cuestión campesina no se plantea como en Rusia en los tiempos de Lenin. El 'nuevo bloque histórico' está constituido de manera tal que, a través de los técnicos y de los ingenieros, los investigadores y otras categorías de intelectuales 'orgánicos', pasando por la Universidad, son otras capas sociales distintas de los campesinos, quienes, al lado de la clase obrera, e incluso a veces integrándose con ella, llegan a ser determinantes».

«Esto no significa, ni mucho menos, que la alianza de la clase obrera con los trabajadores del campo no siga siendo una constante de la política proletaria, sino que la importancia de

estas nuevas capas de intelectuales ha aumentado tanto y tan bruscamente en estos últimos diez años que se plantea un problema de prioridad».

Indudablemente, a pesar de las distinciones de Garaudy —que Napolitano reconoce— resulta en todo caso discutible su última aseveración. Pero el problema es mucho más complejo y merece que nos detengamos en seguir —forzosamente mediante una síntesis— el razonamiento del propio Napolitano. Parte para ello de la constatación de que el concepto de «bloque histórico» resulta fundamental para captar la unidad dialéctica entre estructura y superestructura y el paso del momento económico al momento político. Sin embargo, se ve obligado a reconcoer también que «todavía no se ha realizado una investigación exacta de las diversas definiciones que se encuentran en los 'Cuadernos de la Cárcel', ni de la forma en que este concepto ha sido utilizado en las elaboraciones políticas del Partido Comunista Italiano». Sin pretender colmar esa laguna, Napolitano se fija la tarea de precisar algunos aspectos del problema.

Comienza por señalar que Gramsci habla de «bloque histórico» como identificación concreta en cada período histórico del contenido económico-social y de las formas ético-políticas, como proceso en el cual las fuerzas materiales son el contenido y la ideología la forma.

La distinción entre forma y contenido es por otra parte de tipo puramente pedagógico y discordante de las superestructuras y el conjunto de las relaciones sociales de producción, siendo aquel el «reflejo» de éste en el cuadro de un desarrollo necesariamente constituido por interacciones y relaciones recíprocas.

«En un cierto sentido —afirma Napolitano— en el concepto de «bloque histórico» confluyen los principales filones de la investigación gramsciana; investigación y batalla de ideas profundamente ligada a los caracteres particulares que históricamente habían adquirido el movimiento obrero y la cultura italiana».

«En el lenguaje corriente de nuestro partido —continúa Napolitano— se ha llegado algunas veces a identificar la construcción de un 'nuevo bloque histórico' con el de la formación de un 'nuevo bloque de fuerzas sociales y políticas' —constituido por la clase obrera y sus aliados— que se opone al bloque social dominante y aparta del poder a la gran burguesía. Sin embargo, Togliatti, en su informe al X Congreso, no cayó en esa identificación, sino que adoptó la expresión 'bloque de poder' y afirmó la posibilidad —'en el cuadro del Estado actual' y en las condiciones creadas por la victoria sobre el fascismo y por veinte años de batallas democráticas— de desarrollar un movimiento y obtener resultados tales que modifiquen el

actual bloque de poder y creen las condiciones de otro en el que participen las clases trabajadoras y en el cual puedan conquistar la función que les corresponde. De hecho la alianza de la clase obrera con las masas campesinas y otras capas sociales «crea las condiciones (así se expresó, con su rigor habitual, el mismo Togliatti en el encuentro de estudios gramscianos) y *se convierte en la base* de un nuevo bloque histórico. La construcción de éste último es algo mucho más amplio: es la realización —sobre el terreno de la edificación de un orden nuevo— de la lucha dirigida por la clase obrera y sus aliados contra el orden capitalista y la ideología burguesa; es la consolidación y la expansión ulterior de la hegemonía de la clase obrera que ya se afirma en el curso de esta lucha; es fundamentalmente, la transformación revolucionaria de la estructura y de las superestructuras y la construcción de una nueva relación entre ellas, según una visión que restablece, contra las deformaciones mecanicistas, el carácter complejo y unitario de este proceso».

«La referencia al concepto de 'bloque histórico' es, en consecuencia, válida y sirve para valorar —en los debates sobre la política de nuestro partido— el carácter orgánico del propósito estratégico que la sustenta, el nudo que une los diversos aspectos de nuestra lucha. Esa referencia al bloque histórico es válida y

sirve particularmente, para reaccionar frente a una concepción economista de afrontar la lucha por las reformas[13]. Resulta completamente incorrecto, por el contrario, recurrir a la fórmula de «la construcción de un nuevo bloque histórico» para silenciar y devaluar los objetivos políticos actuales del partido. Todo ello de forma que tiende a obscurecer el momento político de nuestra lucha o, como se dice, «de la acción al nivel de las fuerzas políticas» (como si en la realidad concreta hubiese «fuerzas sociales» libres de condicionamientos ideológicos y políticos, históricamente determinadas y siempre renovadas; fuerzas sociales tales que para soldarlas en un «nuevo bloque histórico», no sería necesario para el partido de la clase obrera, tener en cuenta cuidadosamente las posiciones y organizaciones que las representan e influencian)».

Ante la prudencia y el rigor que hacen necesarios la amplitud y complejidad de los problemas derivados del concepto gramsciano de «bloque histórico», la interpretación que realiza Garaudy tiene que aparecer forzosamente como restrictiva, deformante y errónea. De una parte reduce su significación a la de una alianza entre capas sociales, de otra introduce una distinción entre alianzas tácticas (las únicas que sería posible realizar con las capas medias «tradicionales») y alianzas estratégicas. Garaudy define el «nuevo bloque histórico» como «alianza estratégica» y aun «fusión progresiva» entre clase obrera y amplias capas intelectuales. Sin embargo, en la visión de Gramsci, la alianza entre la clase obrera y masas campesinas es precisamente una alianza de carácter estratégico, destinada a llegar (para atenernos a la definición de Garaudy) «hasta la construcción del socialismo y su plena realización». Ahora bien, nuestro partido llegó en su día (véase su declaración programática de 1965) a afirmar la posibilidad, para países como Italia, de una «alianza permanente» de la clase obrera con «una parte importante de las capas productivas urbanas». La disminución del porcentaje relativo de la población agrícola y el desarrollo de procesos multiformes de proletarización, aun constituyendo innovaciones de importancia discutible, no pueden anular el problema compesino, y hacer desaparecer del análisis social de un partido revolucionario —en Italia, pero no sólo en Italia— a las masas siempre considerables de campesinos cultivadores directos. Tampoco pueden, considerando más generalmente el problema, hacer que se descuide la necesidad, para la clase obrera, de encontrar —y el hecho de que está comenzando a encontrar— «en la sociedad capitalista avanzada (así se expresaba Togliatti en su in-

[13] Artículo citado.

forme al X Congreso, atribuyendo a este problema una importancia decisiva) esa fuerza de masas que deriva del acuerdo de la colaboracin, de la alianza con las capas de la población no proletarias».

«Aunque plantea la exigencia, para la clase obrera, de un más amplio sistema de alianzas, la imagen que Garaudy sugiere de un «nuevo bloque histórico», la argumentación con que la sostiene, no puede dejar de suscitar el equívoco de una verdadera integración, ya en proceso, entre los intelectuales y la clase obrera. No faltan, es cierto, en Garaudy, distinciones y precauciones en sentido contrario. Sin embargo, las clasificaciones y definiciones que él introduce en sus análisis sobre los intelectuales son imprecisas y oscilantes. En su construcción se obscurece un elemento esencial: el papel dirigente de la clase obrera».

CLASE OBRERA E INTELECTUALES

Napolitano prosigue sus observaciones críticas acerca de las formulaciones de Garaudy señalando que «estamos desde hace tiempo convencidos de que el rápido acrecentamiento de la masa de intelectuales; las diversas formas en las cuales una gran parte de éstos ven cambiar sus ligazones en relación al proceso productivo o, de todas formas, su condición en la sociedad; el acercamiento que así se determina en un sentido objetivo, en una mayor o menor medida, entre estas capas de intelectuales y la clase obrera; los procesos sociales e ideológicos que se deducen y que se manifiestan ya ampliamente entre los estudiantes e intelectuales, constituyen hechos de un gran relieve y de tal naturaleza que deben llevarnos a una reflexión nueva sobre los temas esenciales de nuestra doctrina y estrategia. Todo ello está fuera de duda. Sin embargo, estamos también convencidos de que nos encontramos ante procesos (no sólo para algunos aspectos, todavía embrionarios y de tal índole que requieren

análisis atentos y diferenciados) procesos extremadamente contrastados y complejos que no obstante pueden rápidamente traducirse en una efectiva y duradera ampliación del frente de lucha por la democracia y el socialismo, siempre que la clase obrera y su organización logren influenciar y orientar ese desarrollo. Podríamos decir (adaptando en un contexto y significado nuevos las expresiones utilizadas por Gramsci en su trabajo acerca del problema meridional) que «nunca como en el presente se delinea la posibilidad, entre los intelectuales, de que se desprenda una tendencia de izquierda, en el sentido moderno del término, es decir orientada hacia el proleatriado revolucionario, y que así se disgregue la armadura intelectual del bloque histórico dominante, y entre en crisis, en suma, la hegemonía de las clases dirigentes burguesas. Pero esto no llegará 'necesariamente' sólo como reflejo de los cambios provocados por la revolución científica y tecnológica: es decir, sin que la clase obrera, dotada de su experiencia histórica, de su patrimonio ideal y político, intervenga activamente en los procesos que afectan a capas siempre más amplias de intelectuales y afirme su hegemonía».

«El análisis de la revolución científica y técnica y de los desarollos del Capitalismo Monopolista de Estado, de las modificaciones que se deducen en la estructura, las superestructuras y en sus relaciones recíprocas, no soporta ni las exageraciones y simplificaciones, ni las deformaciones, mecanicistas. La estrategia de la marcha hacia el socialismo en los países de capitalismo desarrollado no puede ser reducido —en lo que concierne al agrupamiento de las fuerzas sociales y políticas— a las ambigüedades de un 'bloque' entre clase obrera e intelectuales, ni centrarse (según otra fórmula de Garaudy) sobre la parálisis económica» —por medio de huelgas generales de ese carácter— «en un Estado cuya función esencial es económica». No podemos dejarnos llevar de nuevas fórmulas de «economismo». Necesitamos un despliegue completo sobre todos los frentes, de la capacidad de lucha y dirección de la clase obrera, y de manera particular —podemos añadir— de un nuevo desarrollo de sus capacidades de iniciativa política e ideológica, de sus capacidades de «dirección intelectual y moral», termina Napolitano.

A título de esquema sintético, que nos permita recapitular en cuatro rasgos la opinión de Napolitano, comprobamos que para él el concepto gramsciano de «bloque histórico» es un proceso unitario y complejo mucho más amplio que la mera alianza de clases y capas sociales. Comprende:

1. La realización de los objetivos de la clase obrera y sus aliados.

2. La expansión y consolidación de su hegemonía.
3. La transformación revolucionaria de estructuras y superestructuras.
4. La construccin de una nueva relación entre estructuras y superestructuras.

IV. CRITICA DE LAS CONCEPCIONES GRAMSCIANAS

Ineludibles limitaciones de espacio nos impiden profundizar, como exigiría el interés del tema, en una amplia exposición de la crítica que la obra de Gramsci ha suscitado. Es evidente que, al abordar muy polémicamente y desde posiciones sumamente originales, una gran parte de la problemática de nuestra época, el pensamiento de Gramsci no podía tambien por menos, de suscitar apreciaciones críticas desde muy diversos campos. Dentro del suyo propio de la filosofía marxista, el pensamiento de Gramsci se inserta en la perenne polémica entre mecanicismo e historicismo.

En este sentido es muy conocida la crítica que Louis Althusser realizó recientemente[1] del historicismo gramsciano. Para Althusser «...En la tradición marxista italiana, la interpretación del marxismo como «historicismo absoluto» presenta los rasgos más acusados y las formas

[1] Louis Althusser, «Para leer el capital», Editorial Siglo XXI, México, 1969, págs. 138 y sigs.

más rigurosas. «Esta tradición —prosigue Althusser— viene de Gramsci, quien la había heredado en gran parte de Labriola y Croce. Me es preciso por lo tanto, hablar de Gramsci. Lo hago con un gran y profundo escrúpulo, temiendo no solamente desfigurar, por observaciones muy esquemáticas, el espíritu de una obra genial prodigiosamente matizada y sutil, sino también introducir al lector, a pesar mío a extender las reservas teóricas que quisiera formular a propósito de la interpreatción gramsciana 'del único materialismo dialéctico', a los descubrimientos fecundos de Gramsci en el dominio del 'materialismo histórico'. Pido entonces que se tome bien en cuenta esta distinción, sin la cual la tentativa de reflexión crítica sobrepasaría sus límites».

Después de tan precavidas distinciones, Al thusser realiza una crítica amplia del «historicismo absoluto» para concluir que «...Si todo lo que haya dicho o hecho un sujeto histórico es remisible totalmente a la situación en que actuaba, el sujeto desaparece como ente autónomo; su actividad aparece como determinada completamente por la situación, y el estudio del sujeto pierde interés. Gramsci incurre a veces en tal achatamiento de niveles. Al identificar teoría y política, la teoría de la historia cae inexorablemente en la historia de hecho: el concepto es confundido con el objeto real». Sin embargo, conviene matizar el excesivo es-

quematismo de este juicio crítico althusseriano, pues como indica acertadamente el sociólogo Luciano Gallino[2]. «...Althusser parece haberse abstenido en este caso de su intento de leer a Gramsci más allá de las palabras, porque si se sigue este camino es difícil sustraerse a la conclusión de que el esfuerzo de conceptualización de Gramsci es, si no autónomo respecto a la historia, por lo menos más constante que las situaciones de las que emergió».

De ahí que siga vigente el concepto gramsciano de «historicidad», según el cual «...todo fenómeno histórico debe ser estudiado en sus características peculiares concretas, en el cuadro de su actualidad real, como desarrollo de la libertad que se manifiesta en fines, instituciones y formas que no pueden ser confundidas o parangonadas en absoluto (salvo de una manera metafórica) con fines, instituciones y fenómenos del pasado»[3].

Por otra parte el propio Althusser matizaba todavía más su posición en una carta que, en diciembre de 1967, dirigió a Dal Sasso de la Redacción de «Rinascita» y en la que, después de hacer la crítica de los estragos que, a su juicio, puede originar la concepción «historicista»

[2] Luciano Gallino, «Gramsci y las Ciencias Sociales», C. de P. y P. Córdoba, República Argentina, 1970, página 9.

[3] Antonio Gramsci, «Antología», Editores Reunidos, Roma, 1963, pág. 66.

vulgar del marxismo, añade «... Digo 'vulgar' pensando que la concepción gramsciana del 'historicismo' a pesar de sus equívocos subjetivos, estaba lejos de ser 'vulgar'. Pero justamente, la experiencia que podemos hacer cada día, y en las más variadas circunstancias posibles, de los efectos teóricos nefastos del equívoco objetivo que contiene, a pesar de todas las precauciones de Gramsci, la noción de 'historicismo' (aun si para escapar al relativismo se lo declara 'absoluto') nos obliga a plantear la cuestión de la 'instrumentalidad' de su empleo, y más allá de la cuestión puramente pragmatista la de su validez teórica».

«Pero sobre todo, debemos 'salvar', salvaguardar aquello que el 'historicismo' de Gramsci contiene de AUTÉNTICO, a pesar de su formulación dudosa y de sus inevitables equívocos teóricos. Lo que el 'historicismo' tiene de auténtico en Gramsci es, esencialmente, la afirmación de la naturaleza *política* de la filosofía, la tesis del carácter HISTÓRICO de las formaciones sociales (y de los modos de producción que las componen), la tesis correlativa de la POSIBILIDAD de la revolución, la exigencia de la UNIÓN DE LA TEORÍA Y DE LA PRÁCTICA, etcétera... ¿por qué no designar por su nombre, consagrado por una larga tradición, estas realidades?»

«Por el contrario, si persistimos en querer 'salvar' aquello que el historicismo de Gramsci tiene de auténtico, debemos evitar, a cualquier precio, comprometerlo (y el simple uso de la palabra nos solicita constantemente a ello) con las ideologías relativistas (burguesas) del conocimiento, que creen poder dar cuenta de un contenido teórico objetivo (conocimiento científico VERDADERO o tesis filosófica JUSTA) reduciéndolo exclusivamente a sus condiciones «históricas».

«La historia de los contenidos TEÓRICOS (esto es, científicos y filosóficos, en el sentido estricto de estos términos) es, sin duda, una HISTORIA. Pero:

1. Esta historia no debe concebirse como el mero devenir empírico registrado en una crónica: es necesario pensarla dentro de los conceptos teóricos de la ciencia marxista de la historia.

2. Es una historia SUI GENERIS que, sin dejar de estar inscrita en la historia de las formaciones sociales y de estar articulada sobre esta historia, (que es lo que en general se llama, sin más, Historia) no es reductible pura y simplemente, a esta historia de las formaciones sociales aún concebida fuera de todo empirismo, dentro de los conceptos marxistas de la ciencia de la historia».

Pero la mención de estas distinciones, enteramente esenciales, nos remite, una vez más, a la interpretación del marxismo y, entre otros, a Gramsci. Podemos sospechar que también

sobre este punto, quiero decir, sobre la manera de concebir la naturaleza de la *ciencia* marxista de la historia (en su diferencia con la *filosofía* marxista), los equívocos de Gramsci respecto de las ciencias y de la filosofía (ante la filosofía con todo su silencio acerca de la relación de las ciencias), no dejen de tener consecuencias teóricas y prácticas».

Esas consecuencias son de tal envergadura que, evidentemente, no podía ser Althusser quien en el debate tuviese la última palabra. La propia importancia de la crítica althusseriana al historicismo ha inducido a profundizar en el tema a muy diversos pensadores y ello ha tenido por consecuencia que, en el propio juego de la polémica, Althusser haya sido objeto de críticas no menos rigurosas que sus propios planteamientos iniciales. Así en un debate acerca de «dialéctica marxista y pensamiento estructural», organizado por los «Cahiers du Centre d'Etudes Socialistes» [4], se suscitaron apreciaciones muy duras acerca del supuesto cientifismo academicista con que Althusser había abordado su polémica anti-historicista.

Partiendo del carácter divulgador que constituye la única pretensión de este trabajo, vamos a sintetizarlas —seleccionando muy esque-

[4] P. Vilar y B. Fraenkel, «Althusser, Método Histórico e Historicismo», Cuadernos Anagrama, Madrid, 1972.

máticamente algunos fragmentos de las intervenciones— a fin de proporcionar al lector el mayor número posible de elementos de juicio.

Particularmente combativo se mostró Boris Fraenkel en su ponencia «Sobre el Historicismo» [5]. Para ello Fraenkel parte del hecho de que «...Si dejamos de un lado el problema, interesante por sí mismo, de la historiografía como disciplina literaria y si nos limitamos a considerarla bajo el ángulo de las ciencias humanas, la historia que quiere ser realmente tal no puede ser más que comprehensiva, significativa, significante... Constatamos entonces que Althusser atribuye ingenuamente a Marx el papel de ser el primer historiador que intentó hacer historia científicamente hablando. Ahora bien, yo repito lo que el propio Marx dijo sobre ese tema: que él no inventó la lucha de clases y que ésta era utilizada por los historiógrafos anteriores a sus contemporáneos, por ejemplo Guizot, historiador y político; y bajo este punto de vista Marx creía de sí mismo que únicamente había aportado la prueba de que la lucha de clases debía llegar hasta la dictadura revolucionaria del proletariado y que, en segundo lugar, esa dictadura del proletariado debía terminar en una sociedad sin clases. Por tanto, Althusser intenta proteger a Marx de una interpretación de un Marx hege-

[5] Op. cit., pág. 26.

liano, de una historia historicista y de la exégesis hecha en este sentido por Lukács, Korch, Gramsci, pero también por Labriola, Mehring, etc... Así pues, según Althusser, Marx no es ni historicista, ni humanista, ni voluntarista, categorías que siempre suelen ir juntas; esos son los tres reproches que se le hacen más a menudo. Según Althusser, en el caso de Marx, se trata de una historia científica y yo sostengo —continúa Fraenkel— inmediatamente la hipótesis de que Althusser y su escuela no son en ese contexto más que el último avatar del cientifismo disfrazado bajo los oropeles del marxismo».

Para corroborar tan dura afirmación Fraenkel recuerda la definición del materialismo dialéctico propia de Althusser: «la historia de la producción de conocimientos en tanto que conocimientos»[6]. «En mi opinión —afirma Fraenkel— ello tiene dos consecuencias. En primer lugar nos hace recaer completamente en la historia ideológica tradicional, en la historia de las ideas en tanto que tales y retornar al buen dualismo metodológico universitario y

[6] Op. cit., pág. 30. Según Fraenkel, «Encontrarán eso en la pág. 105 y en el suplemento de la 104: «El objeto del materialismo dialéctico está constituido por lo que podemos dominar la historia de la producción de los conocimientos, etc., «en tanto que conocimientos y no como instancias constituyentes de los modos de producción» (pág. 105 de «Llire le Capital»).

académico. En segundo lugar Althusser pide por tanto a los filósofos que sigan interpretando al mundo en vez de transformarlo, y desde ese punto de vista no es sorprendente que diga que las 'tesis sobre Feuerbach' sean enigmáticas. Todos ustedes conocen la última tesis... que es, podríamos decir, el alfa y omega del marxismo. ¿Se puede llevar semejante marxismo como guía de la acción?»

Finalmente, después de una amplia disección de lo que califica de posiciones neopositivistas de Althusser, Fraenkel resume la tesis de su ponencia señalando que «El reproche de historicismo a un marxismo REAL (según las interpretaciones de Korsch, Lukács, y Gramsci) es hecho a partir de una posición neopositivista, cientifista y bajo ese aspecto se ejerce *fuera* del marco marxista. Me explico: creo que el Engels del «Feuerbach» por ejemplo, ofreció también una posición neopositivista, cientifista, PERO dentro del marco marxista y bajo este aspecto es una regresión en relación con algo que fue una vulgarización evidente del marxismo. La unidimensionalidad del pensamiento de Althusser aparece también en el sentido de que la teoría se convierte, en último análisis, en un discurso académico análogo al papel que desempeña «El Capital» en los análisis de Althusser y sus discípulos. «El Capital» no es la crítica de la economía real y de los grandes teóricos burgueses de la economía

política —precursores o contemporáneos de Marx— sino que es un discurso académico o universitario acerca de la economía política».

Desde otras premisas, el historiador Pierre Vilar coincidió en su intervención con la tesis de Fraenkel al indicar que «Creo precisamente que Althusser, al intentar integrar al marxismo o en todo caso acercar al marxismo ciertas formas actuales de las ciencias humanas, me inquieta, porque me da la impresión de ir en un sentido que no es marxista. Yo creía que aquí se discutía a Althusser en la medida en que, tal como usted mismo ha intentado decir, aportaba algo, que hacía comprender mejor a Marx y que por consiguiente prodigara una cantidad de esfuerzos bastante extraordinarios para obtener un resultado tan pequeño, interesante desde el punto de vista filosófico, pero no extraordinariamente importante y que, desde el punto de vista práctico, en mi opinión, aleja a las personas de lo que es precisamente la lucha cotidiana. Una cosa es la historia que vivimos, es decir, por una parte está la ciencia histórica y por otra la práctica de la historia» [7].

Por otra parte sería difícil lograr mejor refutación del determinismo histórico que la que Marx y Engels formularon en «La Sagrada Familia», al señalar que la historia no hace nada... El que lo hace todo el que posee y lucha, es más bien el hombre, el hombre real, viviente; no es digamos, la 'historia' quien utiliza al hombre como medio para laborar sus fines —como si se tratara de una persona aparte— pues la historia no es sino la actividad del hombre que persigue sus objetivos».

[7] P. Vilar, «El Método Histórico», ponencia inserta en Op. cit., de Cuadernos Anagrama, pág. 53.

El debate continúa abierto y cotidianamente confirma la vigencia de las concepciones gramscianas. Por ello, y como afirma el profesor Solé Tura en su presentación de Gramsci al público español «La obra de Gramsci, es, pues plenamente actual, como se comprobó en el Congreso de Estudios Gramscianos celebrado en Cagliari (Cerdeña) del 23 al 27 de abril de 1967. Allí se enfrentaron todas las tendencias, desde la radicalmente crítica y negativa que identificaba a Gramsci con los peores excesos del historicismo postestaliniano, hasta la nacional patriótica que quería ver en Gramsci un héroe nacional, situado por encima de las tensiones internas de la sociedad italiana. Esta última tan singular que, en la sesión de apertura, un dirigente demócrata-cristiano comparó la figura de Gramsci con la de Don Sturzo y en la de clausura otro dirigente del mismo partido pidió una edición nacional de las obras de Gramsci a cargo del Gobierno Italiano. Entre estas dos posiciones extremas se hicieron esfuerzos muy serios para situar a Gramsci en una línea verdaderamente renovadora, contra

la esclerosis dogmática y la delicuescencia idealista, al mismo tiempo. Esta es, a nuestro entender, la orientación más fecunda para extraer del pensamiento gramsciano su auténtica aportación» [8].

Opinión que no podemos por menos de compartir, ya que Gramsci, como todo hombre de acción capaz de elevarse por el esfuerzo teórico a la visión de conjunto del desarrollo histórico, trasciende las divisiones y antagonismos en que participó para realizar una aportación cultural y científica enriquecedora de la Humanidad globalmente considerada. A ello contribuyó decisivamente el hecho de que Gramsci, al situarse siempre en el punto de vista de clase del proletariado, transcendió todo subjetivismo para identificarse plenamente con la necesidades objetivas del desarrollo histórico, que a través de la acción humana, conducen a una sociedad sin clases antagónicas.

[8] A. Gramsci, «Introducción a la filosofía de la praxis», Ediciones Península, Barcelona, 1970, pág. 7.

BIBLIOGRAFIA

1. Abendroth y otros, «Conversaciones con Lukács», Alianza Editorial, Madrid, 1969.
2. Althusser, Louis, «Para leer El Capital», Editorial Siglo XXI, México, 1971.
3. Cuadernos Anagrama, «Althusser, método histórico e historicismo», Barcelona, 1972, Comprende:
   a) Pierre Vilar, «El método histórico».
   b) Boris Fraenkel, «Sobre el historicismo».
4. Buzzi, A. R., «La teoría política de Antonio Gramsci, Editorial Fontanella, Barcelona, 1969.
5. B. de Celis, Jacqueline, «Los grupos de presión y las democracias contemporáneas», Editorial Tecnos, Madrid, 1969.
6. Cerroni, Umberto, «Para una teoría marxista del partido político», Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba, República Argentina, 1969.
7. Duverger, Maurice, «Sociología Política», Editorial Ariel, Barcelona, 1968.
8. Duverger, Maurice, «Los partidos políticos», Editorial Fondo de Cultura Económica, México, 1969.
9. Duverger, Maurice, «Instituciones políticas y Derecho Constitucional», Editorial Ariel, 1970.
10. Fiori, Giuseppe, «Vida de Antonio Gramsci», Editorial Península, Barcelona, 1969.
11. Garaudy, Roger, «Pour un modèle français du socialisme», Editorial Bernard Grasset, París, 1968 (Hay edición castellana bajo el título de «¿Se

puede ser comunista hoy?» de Editorial Grijalbo, México, 1970.

12. Gallino, Luciano, «Gramsci y las ciencias sociales», Editorial Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba, República Argentina, 1970.
13. Gramsci, Antonio, Antología, Selección y notas de Manuel Sacristán, Siglo XXI Editores, S. A., México, 1970.
14. Gramsci, Antonio, «Il materialismo Stórico e la filosofía de Benedetto Croce», Editorial Einaudi, Turín, 1949. (Hay edición castellana de Editorial Lautaro de Buenos Aires, 1954.
15. Gramsci, Antonio, «Note su Machiavelli, sulla politica e sullo stato moderno», Turín, 1949. (Idem de Editorial Lautaro, 1962.)
16. Gramsci, Antonio, «Oeuvres Choisies», Editions Sociales, París, 1965.
17. Gramsci, Antonio, «Literatura y vida Nacional», Editorial Lautaro, 1966.
18. Gramsci, Antonio, «Introducción a la Filosofía de la praxis», Ediciones Península, Barcelona, 1970.
19. Gramsci, Antonio, «Cultura y Literatura», Ediciones Península, Barcelona, 1970.
20. Gramsci, Antonio, «La política y el Estado moderno», Ediciones Península, Barcelona, 1971.
21. Gramsci, Antonio, «Notas críticas sobre un Ensayo Popular de Sociología». Recopilación de trabajos bajo el título general de «Gramsci y las ciencias sociales», publicado por Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba, 1970.
22. Lombardi, Franco, «Las ideas pedagógicas de Gramsci», A. Redondo Editor, Barcelona, 1972.
23. Maquiavelo, Nicolás, «El Príncipe», Ediciones Ibéricas, Madrid, 1959.

OBRAS PUBLICADAS

	Ptas.
Lewis H. Morgan **LA SOCIEDAD PRIMITIVA.** 2.ª edición Formato 15 × 21, 560 págs.	250,—
Artur London **LA CONFESION** (L'Aveu). 2.ª edición Formato 13,5 × 21, 536 págs.	235,—
Manuel Pizán **EL JOVEN UNAMUNO** Formato 12 × 19, 72 págs.	35,—
George Thomson **LA FILOSOFIA DE ESQUILO** Formato 12 × 19, 72 págs.	35,—
Petros Kuropulos **EL TIEMPO EN EL HOMBRE** Formato 12 × 19, 72 págs.	35,—
Eloy Terrón Formato 12 × 19, 104 págs. **POSIBILIDAD DE LA ESTETICA COMO CIENCIA**	45,—
Le Ny, Vergnaud, Muldworf y Sella **ASPECTOS SOCIALES DE LA PSICOLOGIA MODERNA** Formato 12 × 19, 100 págs.	45,—
Ernst Fischer **ERNST FISCHER Y EL HOMBRE SIN ATRIBUTOS** Prefacio de Roger Garaudy Formato 12 × 19, 104 págs.	45,—
Rafael Alberti **PROSAS ENCONTRADAS, 1924-1942.** 2.ª edición Recogidas y presentadas por Robert Marrast Formato 13 × 21, ilustraciones del autor, 260 págs.	160,—
Manuel Manrique **EL DESCUBRIMIENTO DE LA REALIDAD** Formato 12 × 19, 80 págs.	45,—

Ptas.

León de Arroyal, Abate Marchena, Miguel Rubin de Celis, Pérez de Lema y Picornell y Fray Miguel de Santander
PAN Y TOROS Y OTROS PAPELES SEDICIOSOS DE FINES DEL SIGLO XVIII
Recogidos y presentados por Antonio Elorza
Formato 12 × 19, 112 págs. 45,—

Benjamín Farrington
FRANCIS BACON, FILOSOFO DE LA REVOLUCION INDUSTRIAL
Formato 12 × 19, 196 págs. 75,—

Carlos Castilla del Pino
SEXUALIDAD Y REPRESION. 5.ª edición
Formato 12 × 19, 56 págs. En preparación.

Isaac Deutscher
EL JUDIO NO SIONISTA Y OTROS ENSAYOS
Formato 12 × 19, 196 págs. 75,—

Magalhaes Vilhena
DESARROLLO CIENTIFICO Y TECNICO Y OBSTACULOS SOCIALES AL FINAL DE LA ANTIGÜEDAD
Formato 12 × 19, 94 págs. 45,—

André Richel
CONTRIBUCION AL ESTUDIO DEL DESARROLLO HUMANO
Formato 12 × 19, 176 págs. 75,—

Jean Hiernaux
RECIENTES DESCUBRIMIENTOS SOBRE EL ORIGEN DEL HOMBRE. 3.ª edición
Formato 12 × 19, 52 págs. En preparación.

Antonin Liehm
TRES GENERACIONES
Prefacio de Jean-Paul Sartre
Formato 13 × 21, 252 págs. 250,—

P. Vilar, Christopher Hill, Landes, R. Braun, Neil Mckendrich, D. C. Coleman, A. Gerschenkron, M. Dobb y Max Ways
ESTUDIOS SOBRE EL NACIMIENTO Y DESARROLLO DEL CAPITALISMO 2.ª edición
Formato 13 × 21, 196 págs. 140,—

Karl Marx
DIFERENCIA DE LA FILOSOFIA DE LA NATURALEZA EN DEMOCRITO Y EN EPICURIO
Formato 12 × 19, 96 págs. 40,—

Ptas.

Ricardo Aguilera
INTENCION Y SILENCIO EN EL QUIJOTE
Formato 12 × 19, 200 págs. 80,—

Manuel Román
LOS LIMITES DEL CRECIMIENTO ECONOMICO: ESPAÑA, 1959-1967
Formato 13 × 21, 220 págs. 200,—

John Lewis
BERTRAND RUSSELL, FILOSOFO Y HUMANISTA
Formato 12 × 19, 122 págs. 55,—

Pierre Vilar, Albert Soboul, etc.
EL FEUDALISMO
Prólogo de Julio Valdeón
Formato 13 × 21, 376 págs. 200,—

R. Blackburn, A. Cockburn
LA CRISIS DE LOS SINDICATOS LABORISTAS
Formato 13 × 21, 392 págs. 280,—

William Warbey
DOCUMENTOS INTERNACIONALES SOBRE VIET-NAM
Formato 11 × 18, 184 págs. 90,—

Ch. Hill
EL SIGLO DE LA REVOLUCION
Formato 13 × 21, 408 págs. 300,—

F. Alonso González
HISTORIA Y PETROLEO
Formato 13 × 21, 324 págs. 180,—

Edward, B. Tylor
ANTROPOLOGIA
Formato 13 × 21, 77 grabados, 534 págs. 260,—

Carmelo Lisón Tolosana
ENSAYOS DE ANTROPOLOGIA SOCIAL
Formato 13 × 21, 264 págs. 160,—

Carlos Gurméndez
LA ALIENACION HUMANA
Formato 11 × 18, 128 págs. 60,—

Gustavo Fabal
PENSAMIENTO SOCIAL DESDE EL MEDIOEVO HASTA EL SIGLO XIX
Formato 11 × 18, 304 págs. 120,—

David Ricardo
PRINCIPIOS DE ECONOMIA POLITICA Y TRIBUTACION
Formato 13 × 21, 445 págs.

	Ptas.
	220,—

Mauro Olmeda
EL INGENIO DE CERVANTES Y LA LOCURA DE DON QUIJOTE
Formato 13 × 21, 372 págs. — 220,—

Fred M. Gottheil
LAS PREDICCIONES ECONOMICAS DE MARX
Formato 13 × 21, 300 págs. — 230,—

Antonio Elorza
LA UTOPIA ANARQUISTA BAJO LA SEGUNDA REPUBLICA, PRECEDIDO DE OTROS TRABAJOS
Formato 13 × 21, 480 págs. — 200,—

DE PROXIMA APARICION:

Pierre Broue
El Partido Bolchevique

Mark Blaug
La teoría económica de Ricardo

Nicolaïevski
La vida de Carlos Marx

Lucien Seve
Antropología y teoría de la personalidad

Cosnier, Nikiprovetzky, etc.
Psicoanálisis y método científico

A. Bazin, Jacques Becker, etc.
Política de autor

Rene Guenon
El reino de la cantidad y los signos de los tiempos

Fritz Stenberg
El conflicto del siglo

Michel Bernard
Introducción a una sociología de las doctrinas económicas: de los fisiócratas a Stuart Mill

Idrix Cox
La estabilidad del subdesarrollo

D. Bernal
Función social de la ciencia

Mauro Olmeda
El desarrollo de la sociedad. T. III

Benjamín Farrington
Ciencia y política en el Mundo Antiguo

Joseph Gabel
La falsa conciencia

Leslie A. White
La evolución de la cultura

Benjamín Farrington
Mano y cerebro en la antigua Grecia

Lucien Goldmann
Para una sociología de la novela

Paul Bairoch
Diagnóstico de la evolución económica del Tercer Mundo

Roman Jakobson y Morris Halle
Fundamentos del lenguaje

Roman Jakobson
Lenguaje infantil y afasia



José María Laso, profundo conocedor de Gramsci desde la única perspectiva adecuada, la perspectiva de una conciencia filosófica políticamente implantada, nos ofrece una admirable exposición crítica del estado de la cuestión en torno a los problemas principales que plantea el «Príncipe Moderno»: el concepto de «Bloque histórico» y el concepto de «Partido político».
A través de la clara exposición de Laso confirmamos una impresión que suponemos será compartida por la mayor parte de los lectores: Gramsci es uno de esos escritores cuyo cálido pensamiento deshiela los bloques de la doctrina sólida, pero congelada, y orienta su reorganización en una dirección nueva, una de las direcciones más importantes dentro del materialismo marxista.
Gramsci es, sin duda —casi todos están de acuerdo en esto— uno de los más importantes pensadores marxistas. Pero las fórmulas que ordinariamente se utilizan para determinar en qué pueda consistir esa importancia certeramente intuida, no siempre dan cuenta de la misma y aparecen como excesivamente insulsas y estrechas, muy por debajo de la magnitud de aquello que quieren abarcar.
Este trabajo constituyó inicialmente una ponencia bajo el título de «El Príncipe moderno» (una aportación de Antonio Gramsci a la problemática actual del partido político), para un debate en el Seminario del Departamento de Derecho Político de la Universidad de Oviedo.



José María Laso, profundo conocedor de Gramsci desde la única perspectiva adecuada, la perspectiva de una conciencia filosófica políticamente implantada, nos ofrece una admirable exposición crítica del estado de la cuestión en torno a los problemas principales que plantea el «Príncipe Moderno»: el concepto de «Bloque histórico» y el concepto de «Partido político».

A través de la clara exposición de Laso confirmamos una impresión que suponemos será compartida por la mayor parte de los lectores: Gramsci es uno de esos escritores cuyo cálido pensamiento deshiela los bloques de la doctrina sólida, pero congelada, y orienta su reorganización en una dirección nueva, una de las direcciones más importantes dentro del materialismo marxista.

Gramsci es, sin duda —casi todos están de acuerdo en esto— uno de los más importantes pensadores marxistas. Pero las fórmulas que ordinariamente se utilizan para determinar en qué pueda consistir esa importancia certeramente intuida, no siempre dan cuenta de la misma y aparecen como excesivamente insulsas y estrechas, muy por debajo de la magnitud de aquello que quieren abarcar.

Este trabajo constituyó inicialmente una ponencia bajo el título de «El Príncipe moderno» (una aportación de Antonio Gramsci a la problemática actual del partido político), para un debate en el Seminario del Departamento de Derecho Político de la Universidad de Oviedo.